

LA MÁQUINA DE INVENTAR

louis g. milk

PORTADA: R. CORTIELLA

Primera edición: diciembre 1972

Depósito legal: B. —46.583— 1972

Printed in Spain —Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Los labios del hombre iniciaron un apasionado recorrido sobre la tersa piel femenina, en dirección al cálido hueco del cuello, pero no pudieron concluir satisfactoriamente la operación.

La puerta de la estancia se abrió bruscamente. Una hermosa mujer apareció bajo el dintel, sobresaltando a la pareja, que se separó con rapidez.

—Pero ¿qué diablos…? —empezó a decir el hombre.

La recién llegada no le dejó continuar.

—¿Es usted John Peter Kinnan? —preguntó.

—Así es —confirmó el hombre, de muy mal talante. Su pareja, al lado, había hecho un rebullo con las ropas para cubrir su desnudez —. Y, señora nadie le ha llamado…

Impasible, la desconocida introdujo la mano en el interior de su bolso y sacó algo, que arrojó a los pies de la pareja de Kinnan.

—Toma recógelo y lárgate —ordenó en tono imperativo.

La chica se volvió hacia Kinnan.

—Oye, tú no me habías dicho…

—Vamos, lárgate —dijo la desconocida—.

Ese dinero representa los ingresos de dos meses de su «profesión», así que no se queje. ¡Andando!

Kinnan se sentía estupefacto. La recién llegada, cuyo cuerpo aparecía envuelto en una larga capa negra, de espeso tejido, hablaba con un aplomo y un desparpajo singulares, rebosando autoritarismo por todas partes.

La acompañante de Kinnan acabó por encogerse de hombros.

—Bueno, si ella lo manda…

Recogió las dos monedas, comprobó su autenticidad y, con las ropas todavía, en las manos, cruzó la estancia y salió.

—Bien, señora —dijo Kinnan—, ya ha conseguido estropearme la mejor velada de muchos meses. ¿También a mí me va a pagar con dos monedas de mil «garants»?

—Me llamo Lura-uz-Gvorr —se presentó la bella desconocida—. A usted le pagaré algo más que dos mil «garants», siempre que acepte mi proposición. Y aceptará, estoy segura de ello.

Kinnan no se había recobrado todavía de su sorpresa. La mujer que tenía frente a sí, cuyo pelo era tan negro como la capa que la cubría, aparentaba unos veinticinco años y, desde luego, su hermosura quedaba fuera de toda duda.

—Pero lo que más me extraña es su forma tan… «original» de presentarse —dijo—. ¿Acostumbra a hacerlo con frecuencia, señora?

—A decir verdad, ésta es la primera vez que hago una cosa semejante —declaró ella—, Pero las circunstancias mandan, señor Kinnan. ¿O prefiere que le llame por el nombre?

—John Peter resulta un poco largo. Para los amigos, tengo un apodo, Hally, aunque no sé si considerarla a usted como amiga, señora uz—Gvorr.

—No quiero que me considere como amiga, sino como la persona que contrata sus servicios, Hally —respondió la joven—. Y me gusta más que me llame simplemente por el nombre.

—Lura-uz-Gvorr —murmuró Kinnan—. Un apellido originario de Frabon-C, si no me equivoco.

—Ha acertado usted, Hally. En efecto, soy frabonita.

—Lo cual no la disculpa de haber llegado en el momento menos oportuno. ¿Quién le dijo que me encontraría aquí, Lura?

La joven sonrió desdeñosamente.

—Hay tres sitios solamente donde se le puede encontrar a usted, Hally —dijo—. En el espacio, junto al mostrador de una taberna o al lado de una mujer, más o menos joven y más o menos hermosa. A veces, también se le encuentra metido en una buena pelea, pero ahora no había ninguna a la vista, así que lo encontré justamente donde calculaba que debía estar.

—Una serie de brillantes deducciones —elogio Kinnan—. Pero sigo desconociendo sus motivos. Lura.

—¿Ha oído hablar alguna vez del profesor Vigius, Hally? —preguntó ella.

—No, ni me interesa tampoco. ¿Qué le sucede a ese, presumiblemente científico chiflado?

—Está en Frabon-C, secuestrado. Simplemente, quiero que me ayude a rescatarlo.

* * *

Hasta entonces, Kinnan había permanecido sentado en el diván donde tenía lugar el amoroso coloquio, interrumpido por Lura. Kinnan se puso en pie, se acercó a una mesa bien provista y llenó una copa.

—Lura, temo que se ha equivocado de hombre —dijo.

—No sea descortés y sírvame también a mí de beber —pidió ella, impasible—. Estimo que es usted el único hombre capaz de realizar con éxito la misión y por eso he venido a buscarle —explicó.

—Estoy de vacaciones —se defendió Kinnan.

—Ya lleva más de un mes. Ha tenido tiempo sobrado, no para descansar, sino para divertirse. Ahora debe volver al espacio.

—Y dirigirme a Frabon-C —dijo él, mientras ofrecía la copa llena a su visitante.

—Exactamente.

—Pero, bueno, ¿qué diablos le pasa a su profesor?

—Ya le he dicho: está secuestrado. Por orden de Divmos, Primer Pentarca de Frabon-C.

Kinnan se estremeció.

—Oiga, Lura, sé la fama que tiene Divinos y por nada del mundo me gustaría incurrir en su enojo. Conozco bien Frabon-C, tengo allí buenos amigos y no hago malos negocios. Por favor, no estropee mi futuro.

—¿Ni por un millón de «garants»?

—Una cifra muy bonita, pero que no me conmueve en absoluto.

—Dos millones, Hally.

—¿Por qué no se explica de una vez? —rezongó Kinnan en tono

malhumorado.

—Puedo decirle algo, aunque no todo. El profesor Vigius ha puesto o está en trance de poner uno de sus últimos inventos y yo no quiero que caiga en manos de Divmos. ¿Por qué, si no, se cree que lo ha secuestrado el Pentarca?

Kinnan lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Acabáramos! Se trata de una vulgar conspiración, un simple asunto de política interna —calificó—. No, gracias, la política no me interesa en modo alguno. Sólo los buenos negocios, y legales, además, por supuesto. ¿Me ha entendido?

—De todas formas, si no acepta el dinero, puedo ofrecerle otra alternativa. Espero que no rehúse ahora —dijo Lura.

La capa que la cubría resbaló completamente al suelo. Kinnan contuvo el aliento.

—Una estatua maravillosa —murmuró, admirado de la belleza del cuerpo femenino que tenía a la vista, cubierto con un mínimo de prendas.

Lura sonrió.

—Dos millones… o yo —dijo—. Yo soy la otra alternativa, Hally.

Hubo una leve pausa de silencio. Luego, Kinnan avanzó hacia la joven.

Lura pensó por un instante que él iba a besarla y cerró los ojos, pero pronto se dio cuenta de su error.

La capa cubrió nuevamente su cuerpo.

—Pero ¿qué está haciendo? —gritó, furiosa.

Impasible, Kinnan cerró el broche superior, que sujetaba la capa al cuello de la joven.

—No —rechazó con decisión.

—Está loco —dijo Lura.

—Por nada del mundo me metería en un problema de política interior de ningún planeta —manifestó Kinnan fríamente—. No lo he hecho nunca y no voy a variar de conducta sólo por dinero o por una mujer hermosa. ¡Adiós, Lura!

Ella le miró todavía unos instantes, el pecho agitado por una violenta palpitación. De pronto, giró sobre sus talones y salió, dando un portazo.

Kinnan sonrió. Estuvo parado unos instantes y luego se acercó al diván.

Estiró los brazos, como si se desperezase. Era un hombretón de más de un metro noventa centímetros de altura y casi noventa kilos de peso, todo músculo y fuerza, que podía ser hábilmente controlada según las ocasiones.

De repente, su puño derecho salió disparado con tremendo ímpetu.

El tabique cedió con gran estruendo. Al otro lado, se oyó un grito de sorpresa.

Kinnan saltó a través del hueco, terminando de abrirlo con los hombros. Un sujeto había rodado por el suelo, en la habitación contigua, y ahora forcejeaba por incorporarse.

El individuo sacó algo de uno de sus bolsillos. Era un delgado cable de acero, de un grosor no superior a un milímetro, que llevaba en uno de sus extremos una bola del mismo metal, provista de varios ganchos en forma de anzuelo.

Los supuestos anzuelos medían de cinco a seis centímetros de largo y su borde estaba afilado como una navaja de afeitar. Kinnan conocía el arma.

Era un lazo estrangulador fraboriano, un instrumento que servía tanto para estrangular como rara destrozar una garganta humana. Todo dependía del humor de quien lo emplease.

El lazo silbó en el aire. Veloz como el pensamiento, Kinnan agarró una silla y la interpuso en el camino del mortífero instrumento. Las astillas ce madera volaron por los aires con siniestros chasquidos.

El individuo se levantó de un salto. De nuevo hizo voltear el lazo sobre su cabeza. Kinnan se dio cuenta de que era su vida lo que estaba en juego. El fraboriano estaba dispuesto a matar.

Arriesgándose a recibir un golpe mortal, Kinnan dejó que si lazo voltease hacia él. En su último instante, se agachó, pero dejando la mano derecha en alto.

Sus dedos se cerraron sobre el cable, a la mitad de su longitud. Dio un terrible tirón y el arma pasó a su poder.

Inmediatamente, contraatacó. Las cuchillas rasgaron una garganta por varios puntos. La sangre brotó con violencia.

El asesino se desplomó pataleando. Kinnan se dio cuenta de que ya no podía hablar.

Movió la cabeza. Luego volvió la vista hacia la pared destrozada.

—Este local no me gustó nunca —dijo a media voz—. Siempre me pareció que los tabiques de sus reservados eran muy delgados.

CAPÍTULO II

Lura salió del baño, sujetándose todavía el cinturón de la bata. Sus largos cabellos negros pendían sueltos hasta más abajo de su esbelto talle. Se acercó al espejo del tocador, tomó el cepillo y entonces fue cuando, a través del vidrio azogado, descubrió a su visitante.

Giró en redondo como un rayo.

—¡Usted! —exclamó, vivamente sorprendida.

Kinnan levantó la copa que tenía en la mano.

—A su salud, hermosa —brindó, sonriente.

Lura se pasó una mano por la frente.

—Pero… no lo entiendo… ¿Qué hace en mi habitación a media noche? Y, sobre todo, ¿cómo ha sabido dónde me hospedaba?

—El «Tres Galaxias» es el hotel más adecuado para una mujer muy rica, procedente de otro planeta, y que tiene dinero suficiente para disfrutar del lujo terrestre. Yo también sé hacer deducciones… y gastarme algunas monedas en sobornar al conserje de noche —contestó él con una brillante sonrisa.

—Si ha venido en busca de una aventura amorosa, se equivoca, Hally —dijo Lura en tono frío.

—La aventura me interesa, aunque en otro sentido. No es usted la única mujer bella en este mundo.

—Pero yo creía… —Lura se sentía desconcertada—. Me pareció haberle oído que se negaba a mí proposición.

—Usted fue a verme al «Stardust Cup» —dijo Kinnan—. Es un local muy elegante, con muchos atractivos… pero también con unos tabiques muy delgados. Lo sospechaba desde hace tiempo, aunque

sólo hoy se me ha presentado la ocasión de comprobarlo.

—Sigo sin entenderle, Hally.

—Es muy sencillo, Lura. Había alguien escuchando nuestra conversación, en el reservado contiguo.

—¿Cómo lo supo usted? Yo no me di cuenta de nada.

—Cuando usted entró en mi reservado, la iluminación estaba a medias. Lógico, puesto que se trataba de que yo me encontraba en muy grata compañía y, en estas circunstancias, la luz excesiva estorba.

—Comprendo. Siga, Hally.

—El otro entró en su reservado, presumiblemente, después de haberla seguido a usted. Hizo un agujero en el tabique; llevaba un pequeño berbiquí eléctrico. Lo comprobé más tarde, naturalmente. En resumen, el berbiquí eléctrico no hizo ruido o no lo captamos, pero la luz del reservado, que él no apagó, penetró en el mío y llegó hasta la pared opuesta, en donde apareció inesperadamente un círculo de tono más claro que el que había. Eso fue lo que me hizo recelar.

—Ahora ya lo entiendo —dijo Lura—. Bien, ¿qué pasó después?

—Muy sencillo. —Kinnan apuró su copa de un trago y luego prosiguió—: Rompí el tabique de un puñetazo y como el tipo tenía la cara aún pegada al mismo, lo tiré patas arriba. Luego terminé de derribar la pared y nos peleamos un poco. Él sacó un lazo fraboriano, pero yo se lo quité.

—¿Qué le dijo entonces, Hally?

—Nada, no podía hablar. Tenía la garganta destrozada.

Lura se mareó. Extendió un brazo de marfileña blancura y, con voz débil, pidió:

—Póngame una copa, por favor; siento que necesito un trago.

* * *

Él vino reconfortó un poco a la joven.

—No tenía la menor idea de que me siguieran

—dijo a los pocos momentos.

—Se ve que no conoce a Divmos —sonrió él.

—Usted, sí, a lo que parece —exclamó Lura, picada.

—Aunque no he tratado con él personalmente, he estado en

Frabon-C las suficientes veces para saber cómo las gasta ese tipo. Al parecer, el profesor Vigius es muy importante para él y no quiere que nadie le arrebate la presa.

—Lógico, ¿no cree?

—Es usted terriblemente ingenua. No se me alcanza el interés que pueda tener en Vigius, pero sí me doy cuenta de que no sabe cómo enfrentarse con Divmos.

—Y usted, sí, claro —exclamó Lura, irritada.

—Es posible —sonrió Kinnan—. Por algo vino a buscarme, opino.

Ella pareció admitir las razones del terrestre, aunque remoloneó un poco.

—Oficialmente, estoy en viaje de turismo —declaró.

—Pero Divmos recela de usted y la ha hecho seguir, bien por alguno de sus esbirros o por alguien que pertenece a la embajada frabonita. Lo cual confirma mi anterior hipótesis: es un asunto de política interna.

—Según se mira, claro…

—No hay según que valga —dijo Kinnan, tajante—. «Es» un asunto de política interna, aunque usted lo disfrace con el caritativo motivo del rescate de Vigius.

—¡Divmos lo tiene prisionero y yo no quiero que se apodere de su invento!

—¿Se trata de un arma nueva?

Lura vaciló.

—No puedo decírselo todavía —contestó, al cabo de unos instantes de duda.

—Muy bien, de todas formas, no me importa demasiado.

—¿Piensa ayudarme?

—¿Estaría aquí si no tuviese esas intenciones? —sonrió Kinnan.

Ella fijó su vista en el rostro del hombre.

—¿Cuál de las dos alternativas piensa elegir como pago de sus servicios? —consultó.

—¿Está dispuesta a pagar, cualquiera que sea mi elección?

—Sí —respondió Lura firmemente.

Kinnan la miró de pies a cabeza. El peinador que vestía Lura, de color rojo intenso, era muy transparente.

—Me está estudiando como un tratante de ganado a una res en

el mercado —dijo Lura, sulfurada, en vista del silencio de su oponente.

Kinnan se echó a reír.

—Es que usted tiene mucho que ver —contestó—. Y todo digno de la mayor admiración.

—De acuerdo, pero contésteme. ¿Qué elige?

—El dinero.

—¡Oh! —dijo Lura, despechada—. Está bien, tendrá sus dos millones de «garants». Supongo Que ahora dirá que no soy la única mujer hermosa de este mundo.

—Hay muchas, en efecto; pero voy a hacerle una confidencia. Yo también estoy resentido con Divinos y quiero gastarle una jugarreta.

—No me diga —se asombró ella—. Ignoraba que usted…

—El granuja de Divmos me exige, como impuesto particular, el diez por ciento de mis beneficios, cada vez que hago un viaje comercial a Frabon-C.

—Eso no lo sabía yo, Hally.

—Pues ya está enterada. Y ahora que empezamos a ponernos de acuerdo, le diré la única condición que le impongo para aceptar definitivamente el trato que usted me ha propuesto.

—¿Cuál es esa condición?

—Sencillamente, lo haré a mí modo. Puedo aceptar consejos e informaciones, pero no toleraré injerencias en la forma de ejecutar el plan de rescate. ¿Me ha comprendido, Lura?

—Acepto la condición, Hally —declaró ella—. ¿Cuándo partimos hacia Frabon-C?

—¡Calma, preciosa, calma! —Kinnan se sirvió otra copa—. Iremos cuándo y cómo yo lo estime más conveniente. A propósito, ¿dónde está escondido el profesor?

Lura hizo un gesto de abatimiento.

—Eso es algo que no he podido averiguar todavía —contestó.

* * *

Estaba terminando de secarse, después de su ducha matutina, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Un momento! —gritó—. Salgo enseguida. Kinnan se puso una bata corta y abandonó el baño. Cruzó el dormitorio y abrió.

Un hombre, elegantemente vestido con un casaquín de seda anaranjada y azul y pantalones negros, muy ajustados, apareció ante sus ojos.

—Señor Kinnan —dijo el desconocido.

—Sí…

—Soy Vvurdus, de la Embajada frabonita. ¿Puedo hablar un instante con usted?

Kinnan se echó a un lado.

—Adelante, señor Vvurdus —invitó—. Perdone que le reciba de este modo, pero acabo de salir del baño…

—No tiene importancia —sonrió frabonita—. Por otra parte, voy a ser muy breve.

Vvurdus introdujo la mano en el interior de su casaquín y extrajo un sobre, que entregó al terrestre.

—Una comunicación de la Embajada para usted —dijo.

—Curioso —comentó Kinnan—. Es la primera vez que la Embajada de Frabon-C me envía un mensaje de un modo tan personal.

—Y la última también —dijo Vvurdus, que se había puesto serio repentinamente—. Señor Kinnan, ese sobre contiene la notificación oficial de que se le prohíbe terminantemente cualquier comercio o tráfico con nuestro planeta, así como la estancia en el mismo, cualquiera que sea el motivo alegado. El incumplimiento de esa prohibición puede costarle a usted severas sanciones, de acuerdo con la legislación frabonita.

Kinnan se sentía boquiabierto.

—Pero esto es…

—Completamente legal —aseguró Vvurdus—. Vuestro gobierno, al igual que el terrestre, puede autorizar o denegar el comercio con personas físicas o sociedades, así como denegar el permiso de estancia en el planeta a quienes estime pueden perturbar nuestra paz. Y le advierto, además, que contra esta orden no cabe recurso de ninguna clase. Toda apelación está desestimada de antemano —concluyó el frabonita.

—Una buena jugada —masculló Kinnan.

Vvurdus hizo una rígida inclinación de cabeza.

—Lamento mucho que mi visita haya tenido unos motivos tan desagradables —se despidió.

Kinnan no dijo nada; se había quedado sin fuerzas para hablar.

De repente, se oyó un zumbido.

Kinnan reaccionó y se acercó al videófono. Dio el contacto y el rostro de Lura apareció al momento en la pantalla,

—¡Hally! —exclamó la joven—. Tengo malas noticias que darle.

—No serán peores que las mías —gruñó él.

—He recibido un mensajero de la Embajada. Por actividades contra el gobierno, se me condena a destierro indefinido, prohibiéndome volver a Frabon-C bajo pena de muerte.

* * *

El hombre escuchó en silencio la proposición de Kinnan. Era un sujeto de mediana edad, rostro astuto y ojos sagaces. Kinnan lo conocía bien.

—Luke, lo que tú no hagas, no podrá hacerlo nadie —dijo.

Luke Mills asintió en silencio.

—Bueno, ¿qué me contestas? —preguntó Kinnan, impaciente.

—Podría hacerlo, pero…

—Pero ¿qué diablos? —barbotó el joven, exasperado por la lentitud de su interlocutor.

Mills agitó la mano. Una camarera de cuerpo opulento acudió en el acto.

—Dime, Luke —exclamó, a la vez que apoyaba una mano incitantemente sobre una de sus generosas caderas.

—Otra jarra, guapa; paga Hally Kinnan —pidió Mills.

—Sí, Luke, al momento. —La camarera guiñó un ojo a Hally, pero, al no encontrar respuesta a su «llamada», le sacó la lengua, despechada, y se alejó.

—Creo que tengo la solución, Hally —dijo al fin Mills.

—Habla, Luke —pidió Kinnan ávidamente.

—Pero te costará caro…

—El dinero no importa.

—Y puede que no salga bien.

—Luke, no me vengas con cuentos. Lo que tú no puedas hacer…

—Sí, en la Tierra, pero no en el espacio. ¿Has oído hablar alguna vez del capitán Heridan?

—Me suena —dijo Kinnan.

—Heridan podrá llevaros a Frabon-C, pero tendréis que cambiar no sólo de nombre y de aspecto físico, sino también de circunstancias personales.

—No entiendo, Luke.

—Yo puedo encargarme de transformaros a los dos e incluso, buscaros la documentación falsa que necesitáis. Pero firmaréis un contrato leonino con Heridan.

—¿Qué clase de contrato?

—Legalmente, de tripulantes de su nave. En la práctica, os convertiréis en sus esclavos. Heridan es de Frabon-N y allí las leyes son muy distintas de las de Frabon-C, y no digo nada de las terrestres. En el momento que entréis en su nave, estaréis ya bajo la ley de Frabon-N.

Kinnan sonrió.

—Bueno, ella parece que tiene dinero —comentó—. ¿Qué nos cobrarás por tus… servicios?

—Veinticinco mil, ni un décimo menos, Hally.

—¡Ladrón! —respondió Kinnan.

Mills no se inmutó.

—Si te conviene, podéis venir a mí casa a partir de las siete de la tarde. Para entonces, os daré la respuesta del capitán Heridan… y su precio, naturalmente. Pero ten en cuenta una cosa, Hally.

—Sí, Luke.

—Haréis un pacto verbal con Heridan, pero os exigirá firmar los oportunos contratos. A Heridan no le gustan los líos con los inspectores de su planeta, ¿me comprendes?

Kinnan se puso en pie.

—De acuerdo, a las siete, ella y yo estaremos en tu casa —decidió finalmente.

CAPÍTULO III

La señora Mills, delgada, de nariz ganchuda y expresión ávida, se hizo cargo de Lura. Las dos mujeres desaparecieron en el interior del piso.

—Mañana tendrás lista la documentación, Rally —anunció Mills —. Te llamarás Ssanur Aidon. Ella usará el nombre de Kidia-un-Rtan.

—Está bien, nos aprenderemos los nombres de memoria. ¿Qué ha dicho el capitán Heridan?

—Doscientos cincuenta mil, Hally.

Kinnan se llevó una mano a la cabeza.

—Otro forajido —masculló.

De repente, se oyó un agudo grito en el cuarto de baño.

—¿Qué diablos pasa, Luke? —se alarmó Kinnan.

—No te preocupes. —Mills sonrió—. Tu chica grita porque le están cortando el pelo.

—Ah —murmuró el joven, más tranquilizado.

—Debéis cambiar vuestro aspecto por completo. Tú usarás bigote…

—Pero eso llevará muchos días, Luke.

—Dos días solamente. Tengo una droga que hace crecer el pelo con velocidad meteórica. Un invento frabonita, ciertamente.

—Está bien, ¿qué más?

—Eres casi rubio. Tendrás que teñirte el pelo de negro. Pero te diré una cosa.

—Sí, Luke.

—A partir del momento en que embarques en la nave de

Heridan, yo me lavo las manos. Lo que ocurra allí es cuenta tuya, ¿me comprendes?

—No te pido más, muchacho.

Media hora más tarde, Lura salió del baño enteramente transformada.

Kinnan parpadeó.

—Si ahora me la encontrase por la calle y no lo supiese, sería incapaz de reconocerla —dijo.

Lura parecía muy molesta. Su hermosa cabellera había desaparecido por completo y ahora era un casco de color dorado. La piel, por el contrario, tenía un acentuado tono canela.

—¿Era necesario un cambio semejante? —preguntó, a punto de echarse a llorar.

—No se preocupe —rió Kinnan—. Está guapísima.

—Ese cambio tiene un motivo, señorita —terció Mills—. Al capitán Heridan no le gustan las mujeres de piel oscura. De otro modo, su contrato le da ciertos derechos… que usted no podría negarle.

—¡Qué frescura! —se escandalizó la joven.

—Aguarde, que todavía no ha oído lo peor —dijo Kinnan—. Deberá pagar doscientos cincuenta mil «garants» por los dos pasajes a Frabon-C.

—Me voy a arruinar —se quejó Lura.

—¿Le interesa o no rescatar al profesor?

Lura pareció resignarse. La señora Mills hizo un gesto con la mano. —Ahora le toca a usted, señor Kinnan— dijo.

Media hora más tarde, Mills y su mujer estaban solos. Entonces, el hombre se dirigió al videófono y marcó un número.

Otro hombre le contestó al cabo de unos momentos. Mills habló largo y tendido.

Al terminar, dijo:

—Supongo, señor Vvurdus, que sabrá usted cumplir su palabra.

Vvurdus se echó a reír.

—No se preocupe, amigo mío —dijo—. Dentro de unos momentos estará ahí un mensajero con la suma acordada.

Mills cortó la comunicación y se volvió hacia su mujer, frotándose las manos de gusto.

—Un buen negocio, Clara —exclamó—. Apenas hemos trabajado

y nos vamos a ganar cincuenta mil de los «grandes».

El mensajero de Vvurdus llegó minutos más tarde. Mills abrió, apenas sintió su llamada.

—Vengo de parte del señor Vvurdus —anunció el frabonita, impasible.

—Entre, entre, amigo —invitó Mills, obsequioso—. ¿Una copita?

El frabonita cruzó la puerta. Mills cerró, mientras su mujer descorchaba una botella.

—El señor Vvurdus está muy contento con ustedes —manifestó el mensajero—. Pero tiene una opinión, sobre ciertos asuntos, que yo comparto plenamente.

—¿A qué se refiere, amigo? —preguntó Mills, escamado.

—Simplemente, el que es traidor una vez puede serlo más veces. Y eso es, precisamente, lo que yo voy a evitar.

Una pistola apareció de pronto en la mano del mensajero. Los Mills chillaron de pánico, pero sus gritos fueron prontamente apagados por dos disparos, que convirtieron sus cuerpos en humo.

—Un magnífico invento, éste de las pistolas disolventes —comentó para sí, satisfecho.

* * *

El hombre que estaba frente a Vvurdus era un gigante, de cuerpo macizo y poderoso, uno de cuyos rasgos más característicos era el mechón que sobresalía de su cráneo afeitado. Heridan, de Frabon-N, no podía ocultar el asombro que le producía la llamada.

—Ustedes, los de Frabon-C, nunca han sentido mucha simpatía por nosotros —dijo.

—Lo cual no excluye los buenos negocios entre ambos planetas —contestó Vvurdus agudamente.

—Eso es cierto —reconoció Heridan—. Y, dígame, ¿a qué se debe…?

Vvurdus simuló examinar unos papeles que tenía sobre su mesa de despacho.

—Usted es capitán y propietario de la astronave «Walaiea», número de matrícula U-5-I45688, ¿no es verdad?

—En efecto —admitió Heridan—. Tengo la documentación en regla, si es eso lo que quiere saber, señor Vvurdus.

—No lo dudo, capitán; de lo contrario, no podría aterrizar en Frabon-C, Pero lo que yo voy a decirle es algo muy distinto de los negocios que realiza ordinariamente en mi planeta.

—Sí, señor.

—Si no han ido ya, están a punto de ir —dijo Vvurdus—. Son dos personas, hombre y mujer. Le van a ofrecer doscientos cincuenta mil «garants» por transportarlos a Frabon-C, bajo un supuesto contrato de tripulantes.

—No está mal —sonrió Heridan—. Es la primera vez que me pagan para trabajar para mí. Y, dígame, ¿cuáles son los nombres de la pareja?

—Le diré los ficticios, los que constan en su documentación falsa que le van a presentar a usted. Son Ssanur Aidon y Kidia-un-Rtan. Anóteselos, capitán; me interesa muchísimo. Los nombres auténticos, como comprenderá, no le importan en absoluto.

—Bien, como guste —dijo Heridan, mientras escribía los nombres en una libreta—. El hombre y la mujer solicitarán contratarse como tripulantes en la «Walaiea» y yo… ¿Qué debo hacer?

—Lo que prefiera, capitán, con tal de que no lleguen a Frabon-C.

Hubo un instante de silencio, mientras Heridan contemplaba asombrado a su interlocutor.

—Pero…

—Ya ha oído —cortó Vvurdus fríamente—. Ninguno de los dos debe llegar a Frabon-C. No me interesa el método que emplee; sólo quiero que sea efectivo, ¿comprende?

Heridan soltó un gruñido.

—Está bien —accedió—. Pero ¿qué gano yo con todo eso, señor?

—En primer lugar, doscientos cincuenta mil «garants», de los cuales puede usted emplear uno en flores, si le apetece. Y, en segundo, mantener su permiso de comercio con Frabon-C, que le será revocado si usted incumple su trato.

—¡Rayos, no! —exclamó Heridan.

Vvurdus se reclinó en su sillón.

—Entonces, ya sabe lo que tiene que hacer —dijo fríamente—. Por supuesto, aconsejarle discreción sería inútil; usted es demasiado listo para saber que le conviene tener la boca cerrada en este asunto. ¿De acuerdo, capitán?

—De acuerdo —respondió Heridan.

* * *

Lura tenía — vehículo propio y lo guiaba con pulso firme en dirección al astropuerto.

—Un gasto exorbitante —calificó Kinnan con un gruñido.

—El dinero no importa, Hally —contestó ella.

—Usted debe ser muy rica, ¿no?

—¿Cree ése un tema interesante?

—Hombre, hasta cierto punto. A mí me va a pagar dos millones, doscientos cincuenta mil a Heridan, ya ha entregado veinticinco mil a ese viejo zorro de Luke Mills, se aloja en el mejor hotel de la capital y… ¡Caramba, ahora que me doy cuenta! Me parece que hemos cometido una pequeña pifia, Lura.

Lura volvió la cabeza una fracción de segundo.

—¿Cuál es el error, Hally? —preguntó.

—Puede serlo —respondió él—. Tire a la derecha, en la primera desviación, Lura.

—Conforme, pero dígame por qué hemos de desviarnos de nuestra ruta, Hally.

—Es bien sencillo. El apartamiento de Luke nos cae casi al paso. Usted me ha dado un cheque para entregárselo a Heridan, ¿no es así?

—En efecto —admitió la joven.

—Pero éste es un asunto un tanto complicado. Quizá Heridan no quiera compromisos y prefiera doscientos cincuenta de los grandes en lugar del cheque. Se me olvidó preguntárselo a Luke, así de sencillo.

—Comprendo. No es mala idea conocer la opinión de Mills sobre el particular —aprobó Lura.

Minutos más tarde, Lura detenía el vehículo ante la puerta del edificio donde vivía Mills. Kinnan se apeó de un salto.

—Volveré enseguida —prometió.

Entró en la casa. El ascensor le llevó hasta el piso donde vivía su amigo.

—Aunque, por el precio que me cobró por su gestión, no se le puede llamar amigo precisamente —rezongó, mientras llamaba a la

puerta.

Nadie le contestó. Extrañado, hizo girar el pomo y encontró que la puerta no estaba cerrada con llave.

Entró en el apartamento. Todo permanecía en orden, aunque silencioso.

Kinnan frunció el ceño. No era propio de un tipo como Mills salir de su casa, donde guardaba cosas que no debían ver la luz pública, sin cerrar cuidadosamente.

Recorrió el piso. No había la menor señal de violencia, pero la pareja estaba ausente.

A Kinnan empezó a antojársele todo demasiado sospechoso. De repente, captó un detalle que hasta entonces se le había pasado inadvertido.

Había en el techo, de color blanco crema, dos grandes manchas apenas perceptibles. En un principio le parecieron de humedad, pero enseguida desechó la idea.

Agarró una silla, la colocó junto a la mesa y se subió sobre ésta. La yema de su dedo índice se paseó por una de las manchas y se retiró, con una ligera capa de una sustancia gris verdosa, levemente grasienta.

Kinnan se llevó el dedo a la nariz y aspiró el aíre. Inmediatamente, torció el gesto.

Luego, una vez más, contempló las manchas.

—Y esto es todo lo que queda del señor y la señora Mills —murmuró.

* * *

Lura empujó la puerta y se quedó atónita al ver a Kinnan encima de la mesa.

—¡Hally! —exclamó—. Pero ¿qué hace ahí arriba? Me extrañó su tardanza y subí a ver si ocurría algo…

Kinnan saltó al suelo.

—Ha ocurrido, en efecto —contestó—. El señor y la señora Mills están ahora en el techo.

Los ojos de la joven expresaron asombro.

—¿Cómo? No entiendo lo que quiere decir —manifestó.

—Sencillamente, recibieron sendas descargas de una pistola

desintegrante. Cuando eso sucede, el cuerpo humano se convierte en humo. Si se halla en el exterior, no pasa nada, porque el humo se dispersa en la atmósfera sin dejar rastro. Pero en el interior de un edificio, en este piso, por ejemplo, el humo no tuvo tiempo de disiparse del todo y una buena parte del mismo quedó adherida al techo, debido a dos causas: la desintegración no es absoluta y… bueno, a fin de cuentas, el cuerpo humano tiene grasas, lo que provoca la adherencia de esos rastros de humo al techo. ¿Lo comprende ahora?

Lura sintió una náusea.

—Horrible —dijo.

—Sobre todo, si se piensa que puede tener consecuencias para nosotros —contestó él.

—¿Lo cree así, Hally?

—El motivo del doble crimen no fue el robo. Todo está en orden… y si los señores Mills no fueron asesinados para robarlos, ¿cuál fue la causa?

—No se me ocurre en absoluto —dijo Lura.

—Esas muertes pudieran tener relación con nosotros dos —opinó Kinnan.

—Pero nadie sabía que…

—¡Aguarde un momento! Se me ha ocurrido una idea.

Kinnan se acercó a la mesa donde estaba el videófono y lo examinó atentamente durante unos momentos. Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios.

—Es probable que el carácter receloso del que fue tan granuja como chantajista y, probablemente, un traidor, nos beneficie ahora a nosotros —dijo.

Presionó una tecla y aguardó cosa de medio minuto. La pantalla se encendió de pronto y el rostro de Vvurdus se hizo visible para ambos.

Lura lanzó una exclamación de asombro. Kinnan alzó una mano, como recomendándole silencio.

Al cabo de unos minutos, Kinnan hizo una segunda prueba, cuyos resultados fueron tan satisfactorios como la anterior.

* * *

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dijo Lura, consternada al conocer la realidad de los hechos.

—Es evidente. Luke nos traicionó, con el fin de ganarse otros veinticinco mil «garants»; la conversación grabada con Vvurdus así lo prueba. Pero Vvurdus es un tipo astuto y pensó que no le convenía una segunda traición, así que el mensajero, en lugar del dinero, trajo una pistola y mató a los dos Mills. Usted ha podido ver y oír también mi conversación, cuando yo le llamé para concertar la entrevista, y ésta es la segunda prueba que he hecho, con objeto de conocer las conversaciones que Luke pudo sostener entre la mía y la de Vvurdus. Luke fue un tipo siempre muy astuto y grababa todas las conversaciones que sostenía por videófono.

—De acuerdo, Hally, pero eso no resuelve nuestro problema. A estas horas, Vvurdus ya conoce nuestra nueva personalidad y, o yo soy muy tonta, o ya ha hablado con el capitán Heridan.

Kinnan se echó a reír.

—De tonta no tiene usted nada, sino todo lo contrario, Lura —contestó—. Su deducción es completamente lógica en estas circunstancias. Sí, Heridan ya está advertido y no para llevarnos en un lecho de rosas hasta Frabon-C.

—Vvurdus le habrá convencido para que nos asesine —adivinó ella.

—Seguro —confirmó Kinnan—. Por lo tanto, ahora que conocemos la verdad, nos conviene darles esquinazo a los dos.

—¿Cómo? ¿De qué manera, Hally?

Kinnan hizo un gesto con la mano.

—Vámonos de aquí —dijo—. Ya discurriré otra cosa mientras volvemos a su hotel. De momento, algo es seguro: la entrevista con Heridan debe retrasarse, si no es que ha de cancelarse definitivamente.

CAPÍTULO IV

Kull Heridan había terminado ya la carga de su nave. Hasta el día siguiente no iba a zarpar, de modo que pensó que lo mejor que podía hacer era ir a la capital a divertirse un poco.

Antes de dejar la «Walaiea», sin embargo, hizo una advertencia a su segundo:

—Vendrán un hombre y una mujer. Éstos son los nombres —dijo, tendiéndoles un papel—. Acépteles un contrato como tripulantes sin especialidad. Yo lo firmaré a mí vuelta. ¿Entendido?

El segundo saludó.

—Sí, señor.

Heridan tomó un helitaxi en el aeropuerto y se dirigió a la ciudad. Conocía a una terrestre que le gustaba extraordinariamente, el tipo de mujer adecuada a un hombre como él. La chica medía un metro y ochenta y cinco centímetros y su peso rondaba los noventa kilos.

El frabonita se frotaba las manos mentalmente, pensando en las horas tan gratas que iba a pasar junto a su chica. La encontró, en efecto, y ambos se metieron en un reservado de la taberna donde ella ejercía su «profesión».

Pero Heridan apenas si pudo besarla una vez. La puerta de la habitación se abrió de pronto y un hombre, armado con una pistola, apareció en el umbral.

—¿Qué diablos quiere, amigo? —gritó Heridan, furioso—. ¿No ve que estoy ocupado?

Impasible, Kinnan imitó a Lura en su primera entrevista. Dos monedas volaron por el aire hasta el voluminoso escote de la chica.

—Déjanos solos unos minutos —ordenó secamente.

—Pero, Kull —protestó ella—. Tú no me habías dicho…

—Salga —insistió Kinnan.

La chica se puso en pie.

—Kull, por mi parte puedes irte al diablo —mascullló, furiosa

Heridan se puso en pie.

—Señor, no sé quién es usted, pero me parece que dentro de unos momentos voy a darme el gusto de romperle un par de huesos…

—Me llamo, falsamente, Ssanur Aidon —dijo Kinnan.

La boca de Heridan compuso una O descomunal.

—¡Aidon! —repitió.

—El mismo, aunque, lógicamente, no le diré mi verdadero nombre. En cambio, usted sí va a decirme cuáles son las instrucciones que le ha dado Vvurdus, de la Embajada de Frabon-C.

—¡Rayos, lo sabe todo! —exclamó Heridan, pasmado.

—Estoy metido en un asunto en el que me juego el pellejo —declaró Kinnan tranquilamente—. Por tanto, debo ser prevenido y enterarme de todo cuanto puede interesarme.

—¿Qué me sucedería si no quisiera hablar?

—En primer lugar, perdería doscientos cincuenta mil «garants». Pero eso no tiene importancia, porque estoy dispuesto a matarle si no habla, Heridan.

El frabonita vio que la cosa iba en serio. Era un hombre de fuerzas hercúleas, pero no podía hacer nada contra la pistola que tenía a dos metros de su cuerpo.

—Vvurdus me dio orden de admitirlos como tripulantes y hacerles desaparecer en vuelo —confesó.

—Sí, ya me suponía algo por el estilo —dijo Kinnan—. Está bien, usted nos admitirá como tripulantes, pero no desempeñaremos ninguna función propia de un tripulante. Y también respetará nuestras vidas y nos desembarcará en Frabon-C.

—Si lo hago, me costará mi licencia —alegó Heridan.

—Usted no tiene por qué engañar a Vvurdus, capitán. Simplemente, en el momento en que mejor le parezca, podrá enviarle un mensaje diciendo que ha cumplido sus órdenes.

Heridan entornó los párpados.

—¿Y si yo no quisiera engañar a Vvurdus? —preguntó.

—Tengo varias cartas que puedo jugar, con toda desventaja para usted —dijo Kinnan, sin inmutarse—. La primera de ellas consiste en una llamada mía a Vvurdus, diciéndole que usted es un buen amigo mío y me ha advertido de sus planes. No sabe usted el mal genio que tiene Vvurdus, capitán; se pondría furiosísimo y…

—Basta —cortó Heridan—. ¿Qué más?

—Durante el viaje, en el cual, como ya le he dicho, ella y yo seremos tratados con toda consideración, usted enviará cada día un mensaje subespacial a una dirección determinada. El mensaje irá en clave, naturalmente, y yo se la facilitaré. El día en que no se reciba el mensaje, un buen amigo mío hablará con Vvurdus. Imagínese lo que le dirá.

—No, no me lo imagino —gruñó el frabonita hoscamente.

Hijo, qué duro de mollera es usted. Le dirá lo mismo que yo le diría ahora; simplemente, ha decidido respetar nuestras vidas. Por tanto, su licencia se iría al cuerno, si no envía una patrulla para que destruya su nave. ¿Lo entiende ahora?

—En resumen, yo tengo que fingir que cumplo las órdenes de Vvurdus.

—Exactamente —confirmó Kinnan sin pestañear—. De lo contrario, aunque las cumpla, se le hará saber que no las ha cumplido. Y en ese caso, créame, no me gustaría estar en su puesto, capitán.

—De acuerdo, aunque queda un punto por aclarar,

—Diga, capitán.

—Ele de desembarcarlos en Frabon-C y eso no se puede hacer en secreto…

—Usted llévenos a una cota preatmosférica de Frabon-C. El resto queda de nuestra parte. ¿Ha comprendido?

Heridan se resignó.

—Está bien, pero el dinero…

Kinnan dejó el cheque sobre la mesa.

—Aquí lo tiene —indicó— Y, recuerde, haga lo que yo le mando o no terminará vivo el viaje a Frabon-C.

* * *

—¿Cree que dará resultado?

Había aprensión en la voz de Lura. Kinnan se sirvió una copa.

—Es la única forma posible de viajar hasta Frabon-C —dijo.

—Podíamos emplear su nave…

—¿Es que no sabe que me retiraron el permiso de comercio?

—En tal caso, una astronave de pasajeros, Hally.

—No. Los pasajes han de ser visados por la embajada de Frabon-C. Tanto si usamos nuestros nombres, como los ficticios, Vvurdus denegaría los visados.

—Otros nombres…

Kinnan suspiró.

—No hay muchas naves de pasajeros con destino a Frabon-C —dijo—. ¿Cree que los esbirros de Vvurdus no investigarán a fondo a todos y cada uno de los viajeros?

—En resumen, hemos de resignarnos a viajar con Heridan.

No hay otro remedio, Lura —confirmó Kinnan.

—¿Qué me dice del desembarco en el planeta?

—Ése es un problema que resolveré yo, a su debido tiempo. No se preocupe por ello, Lura.

—Le veo muy confiado, Hally —dijo la joven.

Kinnan contempló al trasluz el contenido de su copa.

—Soy optimista por naturaleza —contestó. Bebió un sorbo de vino y añadió—: He reflexionado mucho sobre el particular, no se vaya usted a creer que actúo a ciegas. Las conclusiones que he obtenido me llevan a afirmar que la «Walaiea» es el único medio que tenemos para alcanzar Frabon-C.

—Lo más difícil de todo va a ser averiguar el lugar dónde Divmos tiene escondido al profesor.

El joven sonrió.

—Tengo buenas amistades allí —dijo.

—¿Femeninas? —preguntó Lura maliciosamente.

—De ambos sexos.

—Pero el secuestro del profesor es algo que no se ha divulgado…

—Usted lo sabe, ¿no?

—Cierto, pero sólo por mi posición… y por el interés que siento hacia Vigius.

—interés que, me imagino, es contrapuesto al de Divmos.

—Así es, Hally —confirmó Lura.

—¿Quiere usted ocupar un puesto en Pentarca?

Lura se sonrojó vivamente.

—No lo aceptaría…

—Vamos, vamos, a nadie le amarga un dulce. Divmos no tiene muchas simpatías entre el pueblo frabonita. Usted resultaría mucho más agradable como Pentarca.

—Hally, olvida usted el significado de la palabra Pentarca. Además de Divmos, hay cuatro Pentarcas más.

—Lo sé, lo sé, pero Divmos posee una acusada personalidad y es él quien, en realidad, toma las decisiones que luego se publican como obra colegiada de la Pentarquía. Los otros, a decir verdad, son poco más que figuras decorativas.

Lura apretó los labios.

—Desgraciadamente, lo que dice usted es cierto, Hally —confirmó. Mirándole un tanto recelosamente, añadió—: Está usted muy bien enterado de las interioridades de la política frabonita.

Kinnan se echó a reír.

—Comerciar significa tratar con muchas gentes y no solamente de negocios —respondió—. Hay que conocer sus gustos, en la medida de lo posible, y evitar, por ejemplo, cuando se habla de política, una metedura de pata, que puede representar la pérdida de un buen negocio. ¿Me comprende ahora?

—Sí, es una buena táctica para un comerciante —convino Lura—. Pero estábamos hablando del escondite del profesor Vigius, si mal no recuerdo.

—Puesto que no sólo no hemos llegado a Frabon-C, sino que ni siquiera hemos embarcado en la «Walaiea», ¿por qué preocuparnos por un problema que sólo puede tener solución en el propio Frabon-C?

* * *

El hombre que estaba en el astropuerto vio subir a bordo a la pareja que le había sido descrita con suficiente minuciosidad, como para reconocerla al primer golpe de vista.

Inmediatamente, fue en busca de un videófono y marcó un número. El rostro de Vvurdus apareció casi de inmediato en la pantalla.

—Ya están a bordo, señor —dijo el agente.

—Gracias. Permanezca en el astropuerto hasta que la nave levante el vuelo. Vuelva a informar entonces. Eso es todo.

—Sí, señor.

Tres horas más tarde, la «Walaiea», cumplidos todos los trámites reglamentarios, despegó del suelo y aceleró para salir al espacio. Entonces, el agente de Vvurdus hizo una nueva llamada:

—La nave ha zarpado, señor —dijo.

—Gracias. Puede regresar.

—Bien, señor.

Vvurdus estaba en su despacho cuando recibió ambas llamadas videofónicas. Tomó pluma y papel y meditó unos segundos antes de decidirse a escribir:

Razón estado exige destrucción astronave «Walaiea», que partió hoy de Tierra rumbo a Frabon-C, durante su etapa de aproximación, en órbita espacial normal. Destrucción debe ser total, con todo cuanto contiene. Enviaré informe más detallado próximo mensaje por cifra Q-11.

Acto seguido, tocó un timbre y, a través de un interfono, llamó:

—Que venga inmediatamente el encargado del gabinete de cifra.

—Sí, señor —contestó uno de los secretarios de la embajada.

El llamado apareció a los pocos minutos. Vvurdus le entregó el papel escrito.

—Cífrelo y envíelo inmediatamente, por el canal de prioridad A —ordenó.

—Sí, señor… aunque no veo el nombre del destinatario…

—Arriba, a la izquierda, hay una letra y tres números. Es el encabezamiento del espaciograma y la cifra personal del destinatario. Eso será suficiente, ¿me ha comprendido?

—Perfectamente, señor.

Vvurdus se quedó solo. Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios.

Antes de una semana, Lura y Kinnan habrían dejado de ser un problema. El capitán Heridan dejaría de serlo un par de días más tarde. Uno no podía fiarse de un tipo como Heridan. No, los nativos de Frabon-N no habían sido nunca de fiar, concluyó así Vvurdus sus

optimistas reflexiones.

CAPÍTULO V

—Estoy asombrada —dijo Lura días más tarde.

—¿Por qué? ¿Sucede algo grave? —preguntó Kinnan, muy entretenido en hacer un solitario sobre la mesita del camarote que le había sido asignado y al cual había ido a verle la joven.

—No, sino todo lo contrario. El trato de Heridan es exquisito. Parece como si llevase a bordo a una pareja de reyes…

Kinnan soltó una risita.

—Ya puede tratarnos bien —dijo—. Jamás había cobrado tanto por dos pasajes, aunque, claro, es justo reconocer que el miedo tiene mucha parte en el derroche de mieles que emplea con nosotros.

—Pero ¿es cierto que hay quien recibe en la Tierra el mensaje diario de Heridan? —inquirió Lura.

—Rigurosamente cierto, aunque, como es lógico, él no sabe que se trata de una máquina.

—¿Eh? —dijo ella, extrañada.

—Lura, yo tengo mis propias oficinas comerciales en… bueno, eso no importa ahora. Están en la Tierra y es suficiente. Como puede comprender, dispongo de una máquina receptora y clasificadora de mensajes espaciales, por cuyo servicio abono una fuerte suma anual. La máquina está en continuo funcionamiento, día y noche, y cuando mis burócratas llegan por las mañanas, lo primero que hacen es averiguar si ha llegado algún mensaje durante la noche.

—Ah, ya entiendo —sonrió Lura.

—Ahora todo el mundo está de vacaciones, menos la máquina. Es tan perfecta, que incluso emite la señal de «recibido», una vez grabado, el mensaje. A la vuelta de vacaciones, mis oficinistas se encontrarán con una serie de mensajes inexplicables… pero ya les contaré algún día lo que sucedió.

—Eso no lo sabe Heridan, por supuesto.

—Le dije que sus mensajes irían a parar a un buen amigo —contestó él, sonriendo maliciosamente.

Lura se echó a reír.

—¿Cómo se me ocurriría buscarle a usted para esta misión? —exclamó.

—Hombre, además de listo e inteligente, soy guapo. Digo yo que mi belleza masculina también tendría algo que ver con su decisión, ¿no?

Kinnan y Lura se contemplaron en silencio durante unos momentos. Ella vestía ahora una especie de chaquetilla muy corta, sin mangas y ceñida prietamente a su busto de curvas sólidas y compactas. El resto de la indumentaria eran unos pantalones cortos y botas de media caña, de piel muy blanda, con tacón de cinco centímetros.

—Además de guapo, es presumido —dijo Lura al cabo de unos instantes.

—Cuando se tiene motivos para ello…

El ruido de unos nudillos que golpeaban en la puerta interrumpieron a Kinnan.

El joven se levantó y abrió. La hercúlea silueta de Heridan apareció en el umbral.

He enviado un mensaje a Vvurdus —anunció el capitán.

—¡Bravo! —exclamó Kinnan—. ¿Le ha dado detalles de «nuestra» muerte?

—¿Para qué? A él sólo le interesa saber que ya no le molestarán.

—Sí, eso es cierto. Tengo entendido que Vvurdus posee un alma muy sensible, carente en absoluto de sentimientos morbosos —contestó el terrestre irónicamente—. Está bien, capitán…

—Un momento —dijo Heridan, en cuya cara flotaba durante todo el tiempo una expresión de hostilidad hacia la pareja—. Todavía no me ha explicado su plan para desembarcar en Frabon-C sin comprometerme.

—¿Cuántos días de viaje nos quedan? —preguntó Kinnan.

—Cinco. Dentro de dos días entraremos en órbita espacial normal, con la velocidad reducida a doscientos noventa y seis mil kilómetros por segundo. Necesito tres días para decelerar…

—Ya conozco el procedimiento, capitán. Está bien, avísenos apenas se haya iniciado el tránsito al espacio normal. Entonces hablaremos del asunto.

—Está bien.

Heridan se marchó. Kinnan cerró la puerta.

—No parece sentirse muy feliz —comentó Lura.

—Le hemos causado dolor de estómago desde que subimos a bordo —respondió Kinnan irónicamente.

* * *

Dos noches más tarde, Lura dormía profundamente, cuando sintió que alguien la sacudía por un hombro.

—Despierte, despierte —oyó una voz de tonos bajos junto a su oído—. No grite, no haga el menor ruido, Lura.

La joven se sentó en la cama inmediatamente. Sus ojos expresaron asombro al ver a Kinnan ya vestido.

—Pero… si aún es muy temprano… —objetó.

—Para nosotros dos, es el momento adecuado. Vamos, vístase. No podemos perder tiempo.

—¿Con usted delante?

—Me volveré de espaldas —gruñó Kinnan—, Pero dese prisa.

Lura saltó de la cama y se vistió con rapidez. Al terminar, se acercó al joven.

—Todavía no son las tres de la madrugada…

—Dentro de treinta o cuarenta minutos, entraremos en órbita espacial normal. Es justamente lo que necesitamos —contestó él.

Kinnan abrió la puerta. Todo el mundo dormía en la nave.

Hizo una seña con la mano y salió. Lura le siguió de inmediato.

Atravesaron el corredor y descendieron por una escalera de caracol, que les llevó a las profundidades de la nave. Kinnan se detuvo ante una puerta, la abrió y entró en lo que parecía la cabina de un pequeño avión.

Lura fue a entrar, pero Kinnan la detuvo con un gesto de su

mano. Kinnan manipuló en el cuadro de mandos del aparato y luego, después de salir, cerró cuidadosamente la escotilla.

—Sígame —indicó.

Ella obedeció, sin comprender en absoluto las Intenciones del joven. Kinnan se detuvo segundos más tarde ante una puerta análoga en un todo a la anterior.

Al otro lado de la puerta había una segunda nave auxiliar. Kinnan hizo que Lura se situase en el puesto contiguo al del piloto.

Después, cerró cuidadosamente todas las escotillas. Al terminar la operación, consultó su reloj:

—Faltan diez o quince minutos —dijo.

Lura empezaba a comprender. Al cabo de un cuarto de hora, la nave sufrió un ligero estremecimiento.

—El otro bote ha despegado —murmuró el joven.

Tenía la radio abierta. Apenas un minuto más tarde, se oyó una voz de alarma:

¡Capitán, alguien ha escapado en uno de los botes salvavidas!

¡Deben de ser ellos! —tronó Heridan—. Preparen dos torpedos, rápido.

Kinnan sonrió. Su dedo se apoyó sobre una tecla.

Una compuerta se abrió bajo ellos y la navecilla fue proyectada al espacio. Kinnan la hizo girar sobre sí misma, colocándose en la estela de la «Walaiea».

Se hallaban a unos cincuenta metros de distancia y a un nivel inferior a la astronave, pero desde allí podían ver perfectamente todo lo que sucedía. De pronto, dos rayas azuladas brotaron del morro de la nave.

Los torpedos avanzaron con velocidad increíble hacia su blanco. Segundos después, se produjo una espantosa explosión que, sin embargo, no produjo el menor ruido. Fue, durante un breve espacio de tiempo, una verdadera orgía de vivísimos colores.

Luego, el espacio recobró su negrura habitual.

—Aún tenemos un problema que resolver, —dijo Lura momentos más tarde.

—¿Sí?

—El problema de nuestra llegada a Frabon-C sin ser advertidos.

—Ese problema está resuelto —contestó él sobriamente.

* * *

El capitán Storl, de las Patrullas del Espacio de Frabon-C, tenía órdenes muy concretas con respecto a la «Walaiea».

Apenas avistó la nave, ordenó disparar un torpedo perforante. El proyectil contenía, además de la segunda etapa autosellante, que cerraría de modo automático el orificio de entrada, una potente carga de gas mortífero.

El gas, por otra parte, se hallaba en el torpedo a elevadísima presión, de modo que las habituales precauciones no sirvieron para nada. Los mamparos estancos no funcionaron correctamente y todos cuantos se hallaban a bordo de la «Walaiea» murieron en el acto.

Después de lanzar el torpedo, Storl, seguido por cuatro de sus hombres, se trasladó a la «Walaiea» y la registró minuciosamente. Al terminar la operación, volvió a su patrullera y emitió un mensaje:

Todos los ocupantes de la «Walaiea» han muerto. Examinados los cuerpos, se observa la ausencia de los dos señalados en la orden especial recibida. Asimismo se ha observado la falta de dos botes salvavidas. Procedo a la destrucción de la «Walaiea» por medio de un torpedo explosivo. Sigo en el espacio a la espera de nuevas instrucciones.

* * *

La burbuja de salvamento flotaba lentamente en la atmósfera.

Era una gran bola de material plástico, transparente, amoldable a los cuerpos de sus ocupantes. El suelo se acercaba lentamente a la esfera.

—¿No nos detectarán, Hally? —preguntó la muchacha, aprensiva.

—Estas burbujas sólo son detectables cuando se pone en funcionamiento la radio de emergencia —contestó él—. Nosotros no lo hemos hecho, luego…

—Entiendo —dijo Lura—. Ha sido una buena idea.

—Es preciso prever todas las posibilidades. El bote de salvamento, pese a su pequeñez, se descubre mucho mejor, y

Heridan, no me extrañaría en absoluto, pudo lanzar un mensaje, informando de nuestra escapatoria.

—Pero caeremos lejos de la ciudad…

—Muchacha, ¿es que pretendía aterrizar en la explanada del palacio de la Pentarquía?

Lura se sonrojó.

—Perdóneme, Hally. No hago más que decir tonterías —contestó.

Kinnan se echó a reír. El suelo estaba cada vez más cerca.

Momentos más tarde, la burbuja tocaba tierra. Kinnan agarró una tira de lo que parecía una cuerda y que pendía sobre su cabeza, y pegó un fuerte tirón.

La esfera de plástico se dividió en dos mitades inmediatamente, Kinnan saltó al suelo.

—Bien venidos a Frabon-C —dijo, con excelente humor, a la vez que tendía la mano hacia la joven.

—¡No lo hubiera creído nunca! —exclamó ella, admirada.

—Pero ya estamos aquí, aunque tenemos todavía una jornada de marcha a pie hasta la capital. ¿Cómo se siente usted ante la perspectiva?

Lura exhaló un profundo suspiro.

—No demasiado satisfecha —contestó.

—Tiene usted una línea preciosa. El ejercicio le hará conservarla… —dijo Kinnan maliciosamente.

Enseguida emprendieron la marcha El paisaje era bastante agradable y había abundante vegetación, lo que hacía menos monótono el camino.

Una hora más tarde, Kinnan encontró algo en el suelo.

Alguien había estado en aquel lugar, dejando abandonada parte de sus provisiones. Entre los objetos que se veían en tierra, uno de ellos atrajo muy especialmente su atención.

—¡Hombre, un periódico! —exclamó.

—¿Le extraña? —se picó Lura—. No irá a pensar que Frabon-C es un planeta de ignorantes,

—Lo que me extraña es el periódico…

—Aquí nunca los hubo, es cierto, pero empezaron a publicarse desde los primeros contactos con los terrestres. El sistema tuvo bastante éxito, todo hay que decirlo.

—Ya lo sabía —murmuró Kinnan—. Lo que sucede es que no me acordaba.

—A usted le bulle una idea en la cabeza, Hally, ¿Cuál es? —preguntó Lura.

—Ya lo sabrá en el momento adecuado. —Kinnan arrojó al suelo el periódico encontrado—, Ahora tenemos que continuar andando. Y queda mucho por delante, se lo aseguro.

CAPÍTULO VI

El hombre que entró en el despacho del Primer Pentarca vestía un rutilante uniforme, en cuyas hombreras se veía un sol de oro, rodeado de cinco estrellas de plata, símbolos de su grado. El general Xu-Tli hizo una profunda inclinación de cabeza y esperó respetuosamente a que el Pentarca le dirigiese la palabra.

—General, tengo que encomendarle una misión muy delicada —manifestó Divmos sin más preámbulos.

—Sí señor —contestó Xu-Tli.

—Se trata de lo siguiente. Dos peligrosos espías han conseguido llegar hasta la capital. —Divmos entregó un documento a su visitante—. Aquí tiene su descripción física, doble, porque usan un disfraz, y sus nombres, los falsos y los auténticos. No me interesa que los atrape con vida; ya conozco de antemano todo lo que pudieran decirme. ¿Ha comprendido usted, general?

—Sí, señor.

—La presencia de esa pareja en Frabon-C, de no ser detenidas, a tiempo sus actividades, puede dar lugar a serios trastornos. Es preciso evitarlo a toda costa.

Xu-Tli bajó la vista un instante al papel que le habían entregado y se estremeció.

—Señor, pero la mujer es…

—Una traidora —cortó Divmos tajantemente—. Tengo pruebas suficientes de ello; usted sabe que no me gusta acusar a nadie sin motivos.

—Si usted lo dice…

—No hablaría así si no fuese cierto. General, está a su cargo la seguridad interior del planeta. Demuéstreme que su nombramiento no fue una equivocación de la Pentarquía.

Xu-Tli sacó el pecho.

—Encontraremos a los espías, señor —aseguró.

* * *

Por razón de los numerosos viajes que había hecho a Frabon-C, Kinnan conocía bastante bien el idioma del planeta, así como los signos gráficos de su escritura, una curiosa mezcla del cirílico terrestre actual y del antiguo y desaparecido cuneiforme. La lectura de una parte del periódico le hizo sonreír, a la vez que llamaba a la puerta de la habitación de Lura.

La joven, antes de abrir, se cercioró de la identidad de su visitante. Kinnan entró en la estancia y cerró la puerta.

—Lea —indicó, a la vez que le tendía el periódico, en el cual estaba convenientemente acotado un espacio.

Los ojos de Lura captaron rápidamente el anuncio:

¡RECOMPENSA!

Se pagarán 50.000 «garants» terrestres o su equivalente en moneda frabonita, al que facilite informes que permitan encontrar al profesar Irin Vigius, desaparecido hace unos dos meses. Escribir, en sobre reservado, al número 85.201 de este periódico. Contestación garantizada.

Lura hizo una mueca al terminar la lectura.

—No dará resultado —dijo.

—Ya lo sé, pero esto forma parte de un plan psicológico destinado a obtener resultados —contestó Kinnan.

—No entiendo…

—Divinos sabe que estamos aquí. El periódico de ayer decía que la astronave «Walaiea» fue destruida, después de que una patrulla del espacio encontró muertos a todos sus ocupantes.

—Sí, ya lo sé.

—Las deducciones son obvias. Vvurdus ordenó matar a Heridan y a sus hombres, después de recibir el mensaje que le anunciaba

nuestra muerte. Pero los patrulleros, indudablemente, habrán informado de que nuestros cadáveres no estaban a bordo…

—Lógico. Heridan debía habernos lanzado al espacio después de muertos —alegó Lura.

Kinnan hizo un gesto de resignación.

—Trate de comprender. Heridan debía demostrar palpablemente que nos había matado. Vvurdus no es tan tonto como para no hacer que alguien comprobase la noticia. Por tanto, Heridan debía de haber conservado nuestros cuerpos en una cámara frigorífica, hasta que alguien los viese. Y como sólo aparecieron los cadáveres de la tripulación, resulta fácil sospechar que aún estamos con vida.

—Ahora ya lo entiendo, aunque no veo la relación que pueda tener esto con el anuncio del periódico, Hally.

—Simplemente, poner nervioso a Divmos. Aquí, y en todas partes, la gente hace muchas cosas por dinero. Pero lo importante es que haya personas que empiecen a preguntarse quién está dispuesto a pagar una suma tan elevada por conocer el paradero del profesor. Esto no es corriente en Frabon-C. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, un poco mejor. ¿Y después?

Kinnan sonrió maliciosamente.

—Continuaré pagando anuncios que hablen de Vigius —dijo—. Ni el mismo Pentarca se atrevería a impedirlo. O entonces, los periodistas se preguntarían qué interés tiene Divmos en evitar que se conozca el paradero de Vigius.

Lura hizo un gesto de aprobación.

—Ése es un buen plan —manifestó.

—No. Sólo la primera parte del plan, porque aún no hemos empezado apenas a actuar. De momento, y aunque ello le disguste, continuará aquí hasta que yo se lo ordene.

—Pero me aburro…

—Usted me pidió que rescatase a Vigius y yo le dije que lo haría con mis propias condiciones, una de las cuales es la libertad absoluta de acción. Ambos hicimos un pacto y debemos cumplirlo. Creo que está claro, ¿no?

Ella frunció los labios.

—Casi es como ponerle a una persona un puñal en el pecho —se quejó.

—En este alojamiento estará segura —sonrió él como despedida.

* * *

La mujer era alta, hermosa, de formas estatuarias y abundante cabellera rojiza, peinada artísticamente. Vestía una especie de túnica muy larga, que dejaba uno de sus perfectos hombros al descubierto. Llevaba en sus brazos varios brazaletes de oro y piedras preciosas y de su cuello pendía un enorme medallón, de valor incalculable.

En aquellos momentos, se despedía de algunos de sus invitados. Discreto, Kinnan permanecía en la penumbra reinante en la terraza de la lujosa mansión.

Desde allí se dominaba el magnífico espectáculo de la capital de Frabon-C, hecha un ascua de luz. Había muchas flores en la terraza y el ambiente resultaba así gratamente perfumado.

El último de los invitados se marchó. La mujer quedó a solas y exhaló un suspiro de satisfacción.

Un par de sirvientes entraron y empezaron a recoger la vajilla de la cena. La mujer dio orden de que le preparasen el baño.

—Sí, señora —contestó una de las sirvientes respetuosamente.

La otra recogió algunas cosas más en un carrito y luego se marchó. Entonces fue cuando Kinnan decidió abandonar su escondite.

—¿Me invitas a una copa, Naia? —dijo

La mujer se volvió, enormemente sorprendida.

—La voz es de un sinvergüenza llamado Hally Kinnan —dijo—. Pero el aspecto es completamente distinto.

—Soy yo mismo, Naia —rió el terrestre—. No obstante, mi aspecto y mi documentación corresponden a un tal Ssanur Aidon.

Naia frunció el entrecejo.

—Encuentro extraño que te disfraces así, Hally —observó—. ¿Temes algo de la justicia frabonita?

—A decir verdad, temo por mi pescuezo. Por eso he venido a verte ocultamente.

—Tú puedes ser un granuja, pero no un delincuente, Hally. ¿De qué se te acusa?

—Teóricamente, de nada. En la práctica, se trata de impedirme que consiga rescatar al profesor Vigius.

Los ojos de Naia se dilataron por el asombro.

—¿Eres tú el que ha ordenado poner ese anuncio en los periódicos? —preguntó.

—El mismo, hermosa —corroboró Kinnan.

—Lo hemos comentado durante la cena. Nadie tiene la menor idea de los motivos de ese anuncio y sólo muy pocos, a juzgar por lo que he podido escuchar, conocen a Vigius.

—Yo tampoco lo conozco, pero me pagan por ello, es decir, por rescatarlo.

—¿Quién, Hally?

—Dispénsame, pero no puedo darte más nombres. Sólo he venido a pedirte información, Naia.

Ella rió críticamente.

—¿Información a mí? —exclamó—. ¿Por quién me has tomado, Hally?

—Por una mujer muy bien informada —replicó él sin inmutarse —. Entre tus invitados de esta noche figuraban nada menos que dos Pentarcas y tres primeros secretarios, amén de otras personas de relieve en la sociedad frabonita. —Kinnan se había servido una copa mientras hablaba y tomó un sorbo. —Asistir a una cena dada por la hermosa Naia es un honor que no todos pueden alcanzar — agregó maliciosamente.

—Aquí oigo muchas cosas, en efecto, pero nada, hasta ahora, relativo a ese Vigius. Y, si me conoces un poco, sabes que tengo muchos defectos y una virtud: la discreción.

—No lo dudo, querida Naia, pero en este caso tendrás que ayudarme —dijo Kinnan.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Volveré a verte dentro de un par de días. Espero que para entonces hayas averiguado algo sobre Vigius. Tienes sobradas relaciones para, al menos, darme una pista que me permita llegar hasta el lugar donde está encerrado.

Naia permanecía muy seria.

—No veo cómo podrías obligarme a hacer algo que no deseo — manifestó con frialdad.

Kinnan soltó una suave risita.

—Además de hermosa y discreta, eres también ambiciosa. Y el dinero no te desagrada en absoluto. Pero mantener una residencia

como la tuya, rebosante de lujo, además de adquirir las joyas que luces, cuesta muy caro —contestó.

—¡Mis asuntos económicos no son de tu incumbencia, Hally!

—No me interesa lo que hagas con el dinero, tuyo o ajeno. Tampoco te preguntaré qué harás con el millón que te entregaré por una pista segura sobre Vigius. ¿Te parece ése un buen medio para obligarte a ayudarme?

—Un millón —repitió Naia—. Es una suma enorme…

—Que pasará a tus manos, con la condición impuesta —insistió Kinnan, inflexible.

—Me siento decepcionada —dijo ella.

—¿Por qué? ¿Te parece poco dinero?

Naia onduló insinuante hacia el terrestre.

—Creí que me ibas a dar otra cosa —dijo, a la vez que le echaba los brazos al cuello.

Kinnan puso las manos en la esbelta cintura de la mujer y la besó suavemente en los labios.

—Prefiero darte un millón, es más seguro —respondió.

—Me tomas por una mujer codiciosa…

Kinnan rompió el cálido dogal que le mantenía sujeto a Naia.

—Además de muy bella —calificó con desenvoltura, un instante antes de encaminarse de nuevo hacia la terraza.

CAPÍTULO VII

Dos días más tarde, todos los periódicos de Frabon-C reprodujeron el siguiente anuncio:

¿Dónde estás, Irin Vigius?

Abandona de una vez tus malditos experimentos, que pueden arruinar la salud, y vuelve a casa. Te esperamos con ansia.

Si no puedes volver, di al menos dónde estás.

Lura meneó la cabeza con escepticismo.

—No creo que esto dé resultado —dijo.

—Tenga un poco de paciencia…

—¡Paciencia! A veces creo que voy a explotar, Hally.

—Bueno, en tal caso, salga a la calle. No dará cien pasos, sin que alguno de los esbirros de Divinos le eche el guante.

—¿Ya usted no? —preguntó Lura ácidamente.

—Usted es demasiado hermosa para que la gente no la mire continuamente. Yo paso más inadvertido.

Kinnan se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va usted? —preguntó la joven.

—Presumiblemente, a recibir informes sobre el paradero del profesor.

—¿Quién se los dará?

—¿Importa eso mucho, Lura?

—¿Hombre o mujer?

Kinnan la miró fijamente.

—Recuerde las condiciones de nuestro trato —respondió.

—Entonces, es una mujer —intuyó Lura.

—¡Qué perspicacia! —se burló él.

—Y, conociéndole a usted, tiene que ser joven y hermosa. ¿Me equivoco?

—Sus dotes de adivina me dan miedo. ¡Hasta luego!

Lura pateó el suelo con rabia al quedarse sola. Estuvo a punto de quebrantar la promesa dada al terrestre, pero se contuvo, pensando que una imprudencia suya podía dar al traste con todos sus planes.

* * *

—Tengo la pista que deseas —dijo Naia.

Kinnan sonrió.

—¡Magnífico! —elogió—. ¿Te ha costado mucho conseguirlo?

Ella se ahuecó el pelo, con gesto lleno de coquetería.

—¡Psé, no ha resultado difícil! —contestó en tono displicente.

—Te felicito. ¿Cuál es la pista?

Naia alargó la mano e hizo un gesto significativo con el pulgar y el índice.

—Ah, comprendo —sonrió Kinnan—. Primero, la «pasta», como decimos en la Tierra.

—Justamente, Hally.

Kinnan metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un cheque que ya llevaba en prevención. Naia tomó el cheque, lo leyó y, tras encontrarlo satisfactorio, lo guardó en su seno.

—Y ahora, escucha…

Kinnan no la dejó continuar. Repentinamente, la abrazó con fuerza y buscó sus labios con avidez.

Ella, sorprendida, no acertó a reaccionar y se dejó besar. Estaba vuelta de espaldas a la terraza y por ello no se dio cuenta de lo que sucedía.

El abrazo duró algunos segundos. Luego, de súbito, Kinnan se separó de Naia, saltó dos metros a un lado y movió la mano derecha con gesto relampagueante.

Mientras abrazaba a Naia, había sacado discretamente el lazo con que una vez intentaron asesinarle. El arma voló por los aires, alcanzó una garganta humana y el cable se enrolló en ella fulgurantemente. La bola con las cuchillas dio un par de vueltas y

luego, aquellas afiladas hojas de acero rasgaron el cuello del sujeto escondido entre los arbustos.

Naia lanzó un grito de terror al ver al hombre que se tambaleaba como un beodo, intentando en vano desprenderse del arma que le quitaba la vida. —Silencio —dijo Kinnan enérgicamente.

El individuo se desplomó de bruces. Pateó un poco y luego se quedó inmóvil.

Naia, palidísima, desfalleció y tuvo que sentarse. Kinnan se acercó al caído y lo arrastró hasta dejarlo al otro lado de un macizo de flores, del jardín contiguo.

Luego volvió junto a la mujer. Sirvió dos copas de vino y le entregó una.

—Bebe, te hará bien —le aconsejó.

Naia tomó un par de sorbos. Luego miró al terrestre con expresión inquisitiva.

—No sé cómo pudiste verlo… —dijo débilmente.

—Los arbustos se movían un poco —explicó él—. Puesto que no hace aire, esa agitación sólo podía tener una causa.

—No… no lo concibo. Nunca había sucedido nada semejante en mi casa…

—Hiciste preguntas, sin duda. ¿A quién?

—Zuld Rythar —dijo Naia.

—El nombre me suena. ¿Cuál es su cargo?

—Segundo secretario del Tercer Pentarca.

—¡Hum! —Kinnan arrugó la nariz—. Tengo entendido que el Tercer Pentarca es un incondicional de Divmos.

—Eso es lo que se dice por ahí —admitió Naia—. Divmos y Zreloo son íntimos, pero el que decide siempre es el primero.

—Sí, lo sé. De modo que tú hablaste con Rythar…

—.Le creí un buen amigo —se quejó ella.

—Debe de ser más amigo de prosperar políticamente. Es indudable que Rythar habló con Zreloo y éste con Divmos. Entonces, enviaron a un esbirro para quitarme de en medio. Y, seguramente, además, la pista que te dio Rythar es falsa.

—Después de lo ocurrido, no me extrañaría nada, Hally…

—Bien, ahora me darás la pista. Luego, Rythar me la confirmará… o me facilitará la verdadera.

—¿Piensas ir a verle? —preguntó ella, asombrada.,

—Claro —sonrió Kinnan—. Rythar hablara, estoy seguro de ello,
Y se dispuso a marcharse, pero Naia le señalo el jardín.

—Hally, ¿qué hacemos con… con «eso»? —consultó afligidamente.

Kinnan suspiró. Luego consultó su reloj de hora universal galáctica.

—Habrá herramientas de jardinería por ahí, supongo —dijo.

—Sí, claro…

—En tal caso, haré de enterrador. No es agradable, pero tampoco queda otro remedio —decidió Kinnan.

Al terminar la macabra tarea, se dio un rápido baño. Luego, cuando empezaba a vestirse, entró Naia.

—Esta noche, supongo, no irás a ver a Rythar —dijo. — ¿Hay algún obstáculo? —preguntó él.

—¿Tienes miedo de que se descubra la muerte de ese sujeto?

—Por ahora, no, porque ni siquiera lleva transmisor de radio. Y cuando empiecen a sospecharlo, será demasiado tarde.

Una singular sonrisa apareció en los labios de Naia. Avanzo hacia el terrestre y le echó los brazos al cuello.

—Entonces —susurró ardientemente—, quédate un rato. Ahora no hay miedo de que nadie nos interrumpa, Hally.

* * *

Estaba ya a punto de amanecer, cuando Kinnan entró en la habitación del hotel en que se alojaba con un tercer nombre falso.

Respingó al ver a Lura dormida profundamente en su propia cama, aunque vestida. Ella no se había dado cuenta de su presencia, ni siquiera al encender la luz.

Tosió un par de veces:

—¡Ejem, ejem…!

Lura abrió los ojos lánguidamente. De pronto, lo reconoció y se sentó de golpe en la cama

—¡Por fin, ya era hora! —exclamó.

—Lo siento, no he podido venir antes se disculpó Kinnan—. He estado haciendo de enterrador.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído. He enterrado a un tipo, claro que él estaba

dispuesto a matarme. Después de acabar con él, me pareció lo más conveniente acabar también con sus huellas.

Lura se puso en pie.

—¿Quién era? ¿Lo conocía usted?

Kinnan hizo un signo negativo.

—No tengo la menor idea —contestó—. Pero tampoco importa demasiado.

—Eso significa que encontraron su rastro, Hally—

—Indudablemente. Y a mí también me han dado hoy dos pistas, una de las cuales, estimo, debe resultar la verdadera.

—Explíquese, por favor —rogó ella.

—Es bien sencillo. Encontré a una persona que accedió a trabajar para mí. Anoche me dio la primera pista, pero casi en el mismo instante…

Kinnan contó su aventura con todo lujo de detalles, excepto el nombre de su bella informadora. Al terminar, Lura dijo:

—Si Kephod fuese el sitio auténtico donde tienen al profesor, entonces, sin medios adecuados, dudo mucho de que consiguiese rescatarlo, Hally.

—¿Por qué, Lura?

—¿Ha estado usted alguna vez en un desierto en el que las temperaturas, durante la mayor parte del día, alcanzan y aún sobrepasan los ochenta grados centígrados?

Kinnan se estremeció.

—¡Rayos, no! —masculló.

—Pues eso es Kephod, Hally… y su extensión no tiene nada de pequeña. Aunque si usted dice que es una pista falsa…

—Naturalmente. Se la dieron a mí informador para que me entrevistase con él y así caer en la trampa del asesino pagado.

—Entonces, usted cree que Rythar le dará la verdadera pista.

—Estoy seguro de ello, Lura.

—Se negará a hablar.

Kinnan sonrió.

—Yo le haré mostrarse ansioso de cooperar con nosotros —respondió.

Ojalá sea así. Hally, ¿le ha costado mucho obtener esa información?

—Un millón, Lura.

—¡Un mili…! Pero, ¿está loco?

—Nada de eso, muchacha. Precisamente le pedí dos, porque podía necesitar dinero en abundancia para gastos. Y mi informador, créame, es persona que merece todo crédito, aunque también es preciso decir que le gusta mucho incrementar su cuenta corriente.

De pronto, Lura olfateó el aire.

—Hay un perfume aquí… ¡Ese perfume lo conozco yo! —exclamó.

—¡Caramba, ni que fuese usted un perro sabueso! —se sorprendió el terrestre.

—Todavía hay más —dijo ella, repentinamente seria—. Es un perfume exclusivo y tan sólo se fabrica para una persona.

—Algunos tienen caprichos…

—«Algunas», Hally —rectificó Lura—. ¡Cómo me decepciona usted!

—Pero, muchacha…

—Servirse de Naia, la cortesana, para obtener informes… Le encuentro despreciable, créame.

Kinnan se picó.

—Pero, bueno, vamos a ver, ¿quiere usted o no encontrar al profesor? —dijo malhumoradamente.

—Claro que sí. Lo que sucede es que nunca me imaginé que usted fuese capaz de…

—Escuche de una vez —exclamó Kinnan, harto ya—. Naia, la cortesana, tiene infinidad de amistades. La otra noche, entre sus invitados, figuraban nada menos que dos Pentarcas y tres primeros secretarios. ¿Acaso le parece mal que, sea lo que fuese, Naia, haya recurrido a ella, porque posee unas fuentes de información excepcionales?

—Por lo visto, la conocía hace tiempo.

—Hace tiempo que realizo negocios en Frabon-C —contestó él.

—Y ella le ha exigido…

—No, yo le di ese dinero por mi propia voluntad y para estimular su celo.

—¡Una cortesana! —repitió Lura, con una mueca despreciativa.

—¿Y qué podía usted esperar? Contrató a un mercenario para conseguir sus deseos; por tanto, era lógico que toda clase de gentes entrasen en el negocio: yo, un Pentarca desaprensivo, un asesino

pagado… y una cortesana. ¿O acaso creía que en este turbio asunto sólo podían intervenir personas de intachable honorabilidad?

Kinnan, enojado, dio media vuelta y se dirigió hacia la salida, pero, de pronto, reparó en algo.

—Es usted la que debe salir de aquí —indicó secamente.

Lura salió, en efecto, pero sin haber despegado los labios. Kinnan se sentía cansado después de la noche tan agitada, en todos los sentidos, que había pasado, así que un minuto después de haberse metido en la cama, dormía profundamente.

CAPÍTULO VIII

El hombre, elegantemente ataviado, se disponía a llenar una copa, cuando, de pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—Rythar, no se mueva ni haga ningún gesto sospechoso. Le estoy apuntando con una pistola acuchilladora. Estimaré infinito no me obligue a disparar el arma. ¿Me ha entendido?

La mano que sostenía la botella tembló violentamente.

—¿Qui… quién es usted? ¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

—De momento, una cosa: llame a sus dos sirvientes y despídalos. Dígales que pueden irse y volver a la noche. Usted y yo nos quedaremos solos. ¿Me ha entendido bien?

Rythar asintió. Era un hombre de mediana estatura, un tanto obeso y con el cráneo completamente calvo. Su residencia, aunque elegante, no lo era tanto como la de Naia, aunque también tenía un pequeño jardín en torno a la misma, lo que le había servido al terrestre para esconderse adecuadamente.

—Vamos, llame a sus sirvientes —le apremió Kinnan.

Rythar obedeció. Diez— minutos más tarde, los dos hombres estaban a solas.

—Sí, tengo una pistola acuchilladora —declaró Kinnan, al surgir a terreno descubierto—. Usted ya sabe cómo funcionan estos trastos: disparan unos proyectiles cilíndricos de ocho centímetros de longitud y uno y medio de calibre. Apenas choca con un obstáculo, cuatro afiladísimas cuchillas se despliegan, mientras el proyectil sigue girando. Los destrozos que una bala semejante causa en el

organismo pueden imaginarse fácilmente.

La nuez de Rythar subió y bajó espasmódicamente.

—Pero… ¿por qué me amenaza? ¿Es que quiere dinero? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Le dice a usted algo el nombre de Kephod?

—¡Kephod! —repitió Rythar—. Entonces, usted es…

—Sí, el mismo, Hally Kinnan. Y lo que me ha traído aquí es comprobar si dijo usted la verdad o se trata de una trampa.

—No es una trampa. Vigius está en Kephod —aseguró el individuo.

Kinnan frunció el ceño.

—Kephod es muy extenso —dijo—. ¿En qué lugar exacto está su escondite?

Rythar apretó los labios.

—No se lo diré —contestó, aparentemente resuelto—. Puede matarme, pero no hablaré.

—¿De veras? —Kinnan emitió una risa burlona—. Tengo una docena de proyectiles y el primero no irá a parar a su pecho sino, por ejemplo, a uno de sus muslos. Bastará con que le roce para que conozca usted lo que es el verdadero dolor. Y entonces, pensando que otro disparo le puede herir en un brazo o en la otra pierna, hablará, ya lo creo que hablará.

La frente de Rythar estaba inundada de sudor.

—Sólo puedo decirle una cosa —contestó.

—Bien, hable.

—Sé que Vigius está en Kephod, pero no conozco el lugar exacto. Eso sólo lo saben el Primer Pentarca su primer secretario Quvish.

Kinnan estudió unos instantes el rostro de Rythar y decidió que el frabonita era sincero.

—Al menos, conocerá los motivos del secuestro de Vigius.

—Sé que ha hecho un descubrimiento muy importante, pero no puedo darle más detalles. Divinos quiere apropiarse del invento, eso es todo cuanto sé.

Muy bien, tendré que entrevistarme con Quvish. Le agradeceré una cosa, Rythar: no diga a nadie que he venido a verle, o lo mataré.

Rythar apretó los labios. Kinnan dio media vuelta y se dispuso a

abandonar la casa, pero, de pronto, oyó tras sí un agudo grito de rabia. Presintiendo lo que podía suceder, se tiró al suelo, a la vez que giraba sobre sí mismo. El disparo desintegrante rozó sus hombros y se estrelló contra un árbol, que se convirtió en humo instantáneamente.

Con la espalda contra la tierra, Kinnan hizo un disparo. El proyectil acuchillador penetró en el estómago de Rythar y cuatro afiladísimas hojas de acero bien templado hicieron en una fracción de segundo su destructora labor.

* * *

Llamaron a la puerta. Lura, presurosa, cruzó la estancia y abrió.

Creyó que el corazón se le paraba al ver a tres hombres de uniforme ante el umbral. Uno de ellos, que ostentaba insignias de capitán, dijo:

—Perdón, señora; se trata de una operación de rutina. Estamos comprobando la documentación de los huéspedes y… ¿Tiene a mano la suya, por favor?

Lura no sabía qué contestar. La llamada de los policías la había pillado por completo de sorpresa.

—Pues… aguarde un momento, capitán…

De súbito, el oficial vio algo en el rostro de la joven que le pareció conocido.

—¡Aguarde! —ordenó imperativamente.

Lura se volvió, creyendo que el corazón se le iba a parar en cualquier instante. El oficial sonrió.

—No es necesario que busque su documentación, señorita uz-Gvurr —dijo.

Desesperadamente, Lura trató de buscar una escapatoria.

—¿Cómo? Usted se equivoca, capitán…

—Estoy seguro de que, cuando registre a fondo su cuarto, encontraré una documentación a nombre de Kidia-un-Rtan —dijo el policía, impasible—. Lamento tener que darle una mala noticia, pero he de anunciarle que queda arrestada a partir de este mismo momento.

—Usted no puede hacer eso, capitán —gritó Lura—. No tiene derecho…

El oficial se echó a un lado.

—Sujétenle las manos —ordenó.

Los dos policías avanzaron hacia Lura y, a pesar de su desesperada resistencia, consiguieron colocar en sus antebrazos sendas argollas, muy anchas, de acero bien pulimentado. Luego, uno de ellos presionó el botón de un aparatito que tenía en el cinturón y el mecanismo de cierre electromagnético junto las esposas casi totalmente, dejando sólo una separación de tres o cuatro centímetros.

Acto seguido, el oficial penetró en la estancia. Había un videófono y se acercó al aparato, a fin de comunicar la noticia de la captura de aquella mujer tan buscada.

* * *

Divmos pegó un fuerte puñetazo en la mesa, justamente sobre los dos recortes de periódico que tenía frente a sí.

—No entiendo qué diablos significan estos anuncios —barbotó, colérico.

—Está bien claro —contestó Xa-Tli—. Simplemente, pretenden llamar la atención sobre el profesor. Esos anuncios excitan mucho la curiosidad pública, señor.

—Prohibiré que los publiquen…

—Resultaría demasiado sospechoso, señor —aconsejó el general —. A fin de cuentas, el profesor Vigius es un hombre escasamente conocido de la masa. A los directores de diarios les extrañaría muchísimo la prohibición.

—Puedo alegar motivos de seguridad nacional —dijo Divmos.

—Pero tendría que dar un mínimo de explicaciones y eso no nos conviene. ¿Por qué no contraataca? —sugirió Xa-Tli.

Divmos se echó atrás en el asiento.

—¿Contraatacar? —dijo.

—Sí. Esos anuncios se publican simplemente por medio de una carta, en la que se incluye el dinero. Haga usted lo mismo… como si fuese el profesor, dando noticias y solicitando que le dejen en paz. La curiosidad de la gente se calmará, créame.

Divmos sonrió.

—No es mala idea —aprobó—. Ahora mismo vamos a estudiar el

texto del anuncio…

Un zumbador sonó de pronto. Divmos dio el contacto y la voz de un secretario dijo:

—Señor, es una llamada urgentísima para el general.

Xa-Tli se acercó al aparato. Divmos le hizo una seña para que hablase.

—Soy el general Xa-Tli. Adelante.

—Señor, le habla el capitán Ya'lzi. Tengo una buena noticia que darle. Acabo de capturar a Lura uz-Gvorr.

Los ojos de Divmos chispearon de júbilo.

—Ordene a Ya'lzi que la traslade a mí residencia privada —dijo.

—Lo haré en el acto —contestó el oficial, apenas le fue transmitido el mandato.

Xa-Tli cerró la comunicación.

—Señor, Ya´lzi se merece un ascenso —dijo.

Divmos asintió.

—Indudablemente, general —convino—. Hay que premiar al hombre que nos va a permitir llegar hasta ese condenado terrestre llamado Kinnan… porque una cosa es indudable: Lura uz—Gvurr nos dirá dónde se encuentra su amigo. Por todos los medios, ¿ha entendido, general?

—Sí, señor, aunque es muy posible que Kinnan muera en Kephod —respondió Xa-Tli.

—¡Hum! —dudó Divmos—. No estoy tan seguro. Su hombre, general, no ha dado señales de vida, lo cual me hace sospechar que Kinnan eludió la emboscada. Entonces, es muy probable que crea que el informe sobre Kephod es inexacto.

—De todas formas, o Lura nos indica su paradero o él morirá en Kephod.

—Eso sí es cierto. Y ahora, vamos a ver si redactamos el asunto que ha de poner fin a la curiosidad general —concluyó el Pentarca.

* * *

Los ojos de Kinnan escrutaron unos instantes a la pareja que dormía plácidamente en la cama. Luego, lentamente, sin hacer el menor ruido, sacó algo de su bolsillo.

Era un tubito apenas mayor que un lápiz. Presionó uno de sus

extremos, mientras apuntaba con el otro al rostro de la mujer.

Un chorrito de gas brotó en el acto. La mujer se agitó ligeramente unos segundos y luego continuó su plácido sueño.

Kinnan arrojó a un lado el ya inútil proyector de gas narcótico. Acto seguido, encendió las luces del dormitorio.

Quvish, el primer secretario, despertó, terriblemente sobresaltado.

—¿Eh? ¿Quién anda por ahí? —preguntó torpemente.

—Su seguro servidor, Hally Kinnan, señor Quvish.

El frabonita se sentó lentamente en la cama. Miró a su izquierda y lanzó un chillido.

—¡Está muerta!

—Solamente narcotizada —sonrió Kinnan—. Estimo que su esposa es inocente de sus maquinaciones, pero, al mismo tiempo, no quería que nos interrumpiese. Por eso me he permitido propinarle una pequeña ración de gas narcótico.

Quvish se pasó una mano por la cara.

—Empiezo a sospechar qué es lo que quiere —dijo.

—Celebro su clarividencia, Quvish. Solamente espero que se muestre cooperador.

—¿De veras, maldito estúpido, cree que voy a decirle dónde está el profesor Vigius?

Kinnan se mantuvo impasible.

—¿Cómo quiere que le presione? —consultó—. ¿A golpes… o con ese aparatito?

La pistola acuchilladora salió a relucir. Quvish sintió un escalofrío de pavor.

—No se atreverá…

—Niéguese a darme la respuesta que espero y lo sabrá.

Quvish empezó a sudar.

—Usted es un hombre civilizado…

—A veces me convierto en una fiera.

Sobrevino una pausa de silencio. Kinnan se dio cuenta de que el frabonita trataba de buscar una solución salvadora.

—No tiene escape —anunció fríamente—. Debe decirme el lugar exacto donde está el profesor o morirá.

Quvish se rindió.

—Vigius está en el C.T.M. —dijo.

—¿Qué significan esas iniciales? —pregunto Kinnan, extrañado.

—Centro de Temperatura Máxima. Figura en los mapas de Kephod.

—Tendrá un refugio, supongo.

—Sí, pero sólo se puede entrar mediante una clave.

—Dígame la clave, hombre; no se entretenga con tantos rodeos —exclamó Kinnan, impaciente.

—Debe usar una lámpara TZ-88 y lanzar seis destellos de un segundo, con intervalos de otro tanto. Luego emitirá dos destellos subespeciales, también con la misma frecuencia de tiempo. Entonces, podrá entrar en el lugar donde está Vigius.

Kinnan sonrió complacidamente.

—Le agradezco su cooperación —dijo.

Quvish torció el gesto.

—Pero ¿cree que me quedaré callado? —barbotó, colérico—. Antes de que llegue al C.T.M., yo habré dado aviso…

La pistola fue sustituida por un segundo proyector de gas. Segundos después, el secretario yacía de nuevo en el lecho.

—Quvish —llamó Kinnan—. ¿Me oye usted?

—Sí —contestó el durmiente con voz átona.

—¿Es cierto todo cuanto me ha dicho acerca del profesor?

—Sí.

—Muy bien. Entonces, tome nota de esta orden que voy a darle. Al despertar, no recordará nada en absoluto. Olvidará por completo mi visita y la conversación que hemos sostenido. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Perfectamente. Eso es todo. Ahora, siga durmiendo, Quvish.

El frabonita ya no contestó. Kinnan guardó el segundo proyector de gas y se marchó con las mismas precauciones que a la llegada.

Lura, se dijo, debía conocer el resultado de sus gestiones. Ella, por otra parte, conocía Kephod y le aconsejaría la forma mejor de llegar al C.T.

Una hora más tarde, Kinnan se llevaba una amarga sorpresa al comprobar la desaparición de la muchacha.

CAPÍTULO IX

—Algo malo te ocurre cuando recurres a mí a estas horas —dijo Naia, mientras bostezaba sin el menor rebozo.

—Tienes razón. Lura ha sido detenida.

—¿Cómo lo sabes, Hally? —preguntó Naia, sorprendida.

—En el primer momento, llegué a creer que habría salido, harta de soportar su encierro. Luego se me ocurrió consultar el grabador de llamadas de su videófono.

—¿Y…?

—La arrestó un tal Ya´lzi, oficial de la Policía, quien ha recibido la orden de llevarla a la residencia privada del propio Divmos.

El bello rostro de Naia expresó consternación.

—¡Estás listo! —dijo gráficamente.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Divmos sonsacará a Lura, por todos los medios, como puedes comprender. Ella le dirá dónde te escondes…

—No pienso volver al hotel —decidió el terrestre.

—Es una medida muy prudente, pero que no mejorará la situación de la chica.

—¿Crees que Divmos le hará algo?

—Enviará gente a buscarte, no te encontrarán y pensará que ella le ha engañado. Ahora, imagínate el resto, Hally.

Kinnan asintió, mientras torcía el gesto.

—Tendré que rescatarla —masculló—. Y esto, ahora que ya conozco el escondite de Vigius. —De repente, se pegó una palmada en la frente—: ¡Estúpido de mí! —se apostrofó.

—¿Qué te sucede? —preguntó Naia, intrigada.

—Quvish me dijo todo lo que yo quería saber, pero me olvidé de preguntarle en qué consisten los trabajos de Vigius. —Kinnan sonrió amargamente—. Me creía muy listo, pero no soy más que un zoquete, Naia.

—En tus circunstancias, no es extraño que cometas algún error —dijo ella, para consolarle—. ¿Es difícil llegar al escondite de Vigius?

—Oh, no, en absoluto. Conozco la clave y, con una lámpara TZ-88…

—Repite eso que has dicho, Hally —pidió Naia, muy seria.

—He dicho: «Con una lámpara TZ-88…». ¿Supongo que se podrá comprar en cualquier tienda, no es así?

Naia sonrió burlonamente.

—Sí, en los depósitos de pertrechos de las patrullas Espaciales de Frabon-C —indicó.

—¿Cómo? ¿Es una lámpara especial?

—En efecto, utilizada solamente por los patrulleros y para casos de emergencia o avería en sus transmisores de radiosubespacial. Sencillamente, se considera un arma estratégica y, por tanto, no está de venta al público.

Kinnan se desmoronó en un sillón.

—Entonces, no sé cómo diablos…

Naia se sentó en el brazo del sillón y se apoyó en él, con gesto afectuoso.

—Te ayudaré —dijo—. No sé por qué, pero siempre me caíste condenadamente bien, Hally. Sin embargo, te advierto de antemano que no te va a resultar barato.

—¿Cuánto? —quiso saber él, comprendiendo el sentido de las palabras de Naia.

—No estoy segura, pero entre un cuarto y medio millón. Menos de esa cifra, no te garantizo un resultado satisfactorio.

Kinnan se estremeció.

—Adiós mis ganancias —se lamentó.

Naia se echó a reír.

—Si concluyes la operación satisfactoriamente, ganarás algo que vale mucho más que el dinero —vaticinó.

—Éste no es un asunto sentimental —gruñó él—. En cuanto

hayamos terminado, Lura y yo nos separaremos y nos iremos cada uno por nuestro lado.

—Bueno, como quieras, Hally. Bien, ¿estás dispuesto a gastarte lo que sea para conseguir una lámpara TZ-88?

—¡Por supuesto! ¿Me la conseguirás tú?

—Espero tenerla en mi poder dentro de veinticuatro horas —contestó Naia. — Bien, en tal caso, no se hable más. Ahora, preciosa, necesito que me facilites detalles sobre la residencia privada de Divmos.

—Con mucho gusto —accedió ella.

De pronto, se oyó un ligero chasquido. Algo entró por un orificio y fue lanzado al centro de una habitación.

—Ah, ya está aquí el primer periódico del día —exclamó la joven.

—¡Cómo se me ha pasado el tiempo! —suspiró Kinnan.

Hacía rato ya que había amanecido, aunque, sumido en sus preocupaciones, no había reparado en el detalle. Naia se levantó, cruzó la estancia y recogió el diario.

—No dirá nada de importancia, seguro —manifestó, displicente.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Hally, mira!

La joven se acercó al sillón y le enseñó el periódico. En primera plana, en un recuadro muy grande y al pie de la página, se leía un anuncio singular:

Estoy perfectamente. No os alarméis por mí, no es necesario que me busquéis. Os escribiré muy pronto; ahora estoy sumamente ocupado. Besos a todos.

Irin.

Kinnan y Naia cambiaron una mirada de inteligencia.

—Divmos contraataca —adivinó él.

—Sí —confirmó la frabonita.

—Es un anuncio destinado a saciar la curiosidad de la gente. Todo el mundo se habría preguntado qué pasaba con Vigius. Ahora éste, supuestamente, tranquiliza a su familia y la gente, de este modo, se despreocupa del asunto.

—Una deducción completamente lógica —aprobó Naia.

—Pero la guerra de los anuncios no ha terminado todavía —dijo Kinnan ceñudamente—. Antes de que acabe el día, habrá otro publicado en los diarios de la tarde. Y mientras yo me ocupe de ese asunto, ¿querrás tú encargarte de conseguirme la lámpara TZ-88?

—Además de los trajes antitérmicos que necesitaréis para permanecer en la superficie de Kephod, porque, sin esa protección, morirías por asfixia o insolación en menos de treinta minutos —contestó la joven rotundamente.

* * *

A Divmos, era fácil de ver, le gustaba vivir bien. Su residencia privada, situada a buena distancia de la ciudad, estaba rodeada de un extensísimo parque, rodeado por una elevada muralla de piedra.

La muralla tenía sendas aberturas en dos de sus lados opuestos. Servían para que circulasen las aguas de un caudaloso arroyo, el cual, casi en el centro, se remansaba para formar una piscina natural, de gran tamaño, a la que llegaba por medio de una cascada, artísticamente construida. El edificio era bajo, de una sola planta, pero bastante extenso. Kinnan, por medio de los prismáticos que había llevado consigo, pudo ver una serie de guardias fuertemente armados que patrullaban el parque.

En el lomo de la tapia divisó una serie de postes de singular factura. Pasar por allí era imposible: se trataba de una línea cuádruple de alta tensión, cuya corriente no necesitaba de hilos para circular desde la planta de fuerza de origen. Se abrasaría vivo si intentaba trepar por el muro. Indudablemente, podía llegar por el aire, mediante un propulsor individual, pero no estaba seguro de que Divmos no hubiera hecho instalar detectores adecuados. Sólo le quedaba una vía de acceso para llegar a la residencia.

Al atardecer, se deslizó cautelosamente por la vegetación que cubría las colinas que circundaban el lugar y se acercó al arroyo.

Desde allí podía ver la tapia. La abertura que permitía el paso de las aguas tema su borde superior justamente a ras de la corriente. Después de algunos segundos de reflexión, Kinnan se metió paso a paso en el arroyo y empezó a nadar. Pronto alcanzó la abertura. Se llenó los pulmones de agua y ejecutó una impecable zambullida.

Momentos más tarde, se hallaba al otro lado. Al asomar la

cabeza, vio a uno de los vigilantes parado a pocos pasos del arroyo.

Era un sujeto recio y corpulento. Kinnan aguardó el momento adecuado y, de pronto, agarró sus tobillos y tiró de él con fuerza.

El guardia lanzó un pequeño grito de sorpresa, pero la inmersión le impidió dar la alarma. Mientras mantenía su cabeza bajo el agua, a fin de hacerle perder el conocimiento, Kinnan pensó que las ropas del guardia le permitirían rematar su tarea satisfactoriamente.

* * *

Quvish llegó a su casa y fue acogido por su mujer con el beso de costumbre. Luego ella le entregó un objeto.

—Toma, descuidado —dijo—. Lo encontré en el suelo de nuestro dormitorio.

—Este lápiz no es mío —contestó Quvish en el acto.

—Te lo habrá prestado alguien…

—No recuerdo un préstamo de nada semejante. Además, no es un lápiz.

La señora Quvish sintió extrañeza al oír aquellas palabras.

—Pues yo diría qué… Ahora comprendo —exclamó de pronto.

—¿Qué es lo que comprendes, querida?

—El olor que despide. Cuando lo encontré, tirado en el suelo de nuestro dormitorio, olía de una manera peculiar. Por cierto, hoy me he despertado más tarde que nunca; hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Intrigado, Quvish se acercó el tubito a la nariz. Inmediatamente, entró en sospechas.

—Es un proyector de gas narcótico —dijo.

—¿Cómo? ¿Quieres dar a entender que ha encado un ladrón? Yo no he notado que falte nada…

—Quizá no se trate de un ladrón —murmuró el secretario, profundamente pensativo—. Y, es curioso, yo también he dormido mejor que nunca y me he despertado más tarde de lo habitual.

Quvish empezó a pensar, forzando su mente. De repente, le asaltó la sensación de haber hablado en sueños con un desconocido.

No recordaba en absoluto la conversación, pero la sensación continuaba persistentemente infiltrada en su ánimo. De pronto, le vino a la mente la idea de que alguien, tal vez, le había forzado a

hablar.

Alguien había sido, en efecto, pero, ¿quién?

La sospecha creció en su interior. Sólo una persona podía tener interés en hacerle hablar, sin temor a respuestas engañosas… la misma persona que, sin duda, había usado un gas hipnótico.

Volviéndose hacia su esposa, sonrió y dijo:

—No te preocupes de nada, querida. Anda, prepárame algo de beber, mientras tomo una copa.

—Sí, cariño —contestó la señora Quvish, más tranquilizada.

En cuanto a Quvish, lo primero que hizo, antes de cambiarse de ropa, como había anunciado, fue encerrarse en su dormitorio y, sentándose frente al videófono, marcó un número secreto, conocido de muy pocas personas.

Era el número videofónico de la residencia privada de Divmos, el Primer Pentarca. Tenía que pedirle audiencia inmediatamente. Sus sospechas no se podían confiar al videófono.

CAPÍTULO X

Las manos de Divmos, con los dedos crispados por la furia, sostenían en aquel momento uno de los diarios de la tarde.

El motivo de su ira figuraba en primera plana:

La recompensa por el paradero del profesor Vigius sigue en pie.

Su residencia actual continúa siendo desconocida.

¿No hay quien quiera ganarse 50.000 «garants»?

Querido, si lees este anuncio, contesta inmediatamente. El que alguien ordenó poner en tu lugar es falso. Con nosotros, tú nunca usas tu nombre propio, sino el diminutivo familiar que a muy pocos autorizas.

Divmos lanzó una exclamación de rabia.

—¿Cómo diablos no se me ocurrió enterarme de ese diminutivo? —masculló.

El videófono sonó de pronto. Divmos dio el contacto.

El rostro de Ya´lzi apareció en la pantalla.

—Señor, no se encuentra el menor rastro del terrestre. Ha abandonado el hotel y, nadie sabe damos ningún indicio de su actual paradero —informó.

—Está bien, muchas gracias; de todas formas, sigan buscando.

—Sí, señor.

Divmos cortó la comunicación y, acto seguido, hizo una llamada por un videófono interno.

—¿Oficial? —llamó.

—Dígame, señor —contestó alguien.

—La respuesta de la prisionera era correcta, pero el espía ha desaparecido. Ella, sin duda, conoce algún otro escondite. Averígüelo… y ahora, déjese de contemplaciones, ¿entendido?

—Sí, señor.

Divmos manejó la tecla de cierre. De nuevo volvió a enfrascarse en la lectura del periódico.

Un artículo saltó de repente a sus ojos:

¿Quién es ese profesor Vigius, por el que alguien está dispuesto a ofrecer nada menos que cincuenta mil «garants» o su equivalente en moneda frabonita?

La curiosidad nos acuciaba y hemos hecho indagaciones por nuestra cuenta. Vigius es un oscuro profesor de Espaciofísica, cuyos trabajos, hasta ahora al menos, carecían de relieve. Hemos hablado con su hermana, la cual niega en absoluto tener relación alguna con los anuncios que estos días tanto llaman la atención de nuestros lectores. La señorita Vigius ha manifestado que su hermano se ausentó de casa hará nueve o diez semanas, sin que, desde entonces haya vuelto a tener noticias suyas.

La señorita Vigius se siente muy afligida, porque dice que todas las pesquisas realizadas por la policía han dado resultado negativo hasta ahora. Sencillamente, teme que haya sido secuestrado por alguna organización intergaláctica, cuyos miembros tratarían de apoderarse de algún gran invento realizado por el profesor.

Si esto, desgraciadamente, resultase ser cierto, habría que solicitar la acción de la Pentarquía, a fin de evitar perjuicios a nuestro planeta…

Divmos estrujó el periódico con ambas manos, hasta convertirlo en una pelota, y luego lo lanzó a un rincón.

—¿A qué imbécil se le ocurriría copiar a la Tierra, creando periódicos aquí? —dijo, rebosante de ira.

Porque, ahora lo veía claro, el «contraataque» sugerido por el general Xa-Tli no sólo no había dado resultado, sino que había sido contraproducente.

* * *

Apoyado indolentemente en una de las paredes, Kinnan aguardaba el momento propicio de pasar a la acción.

El guardia atacado había quedado a buen recaudo, atado y amordazado con tiras de las propias ropas del terrestre. Ahora, Kinnan vestía de uniforme y, en la penumbra, pasaba inadvertido para todos los demás.

Debajo de la ropa del uniforme llevaba un arma especial, que podía rendirle grandes servicios, si llegaba el momento de utilizarla. De repente, alguien llamó su atención:

—Eh, tú, acércate.

Kinnan volvió la cabeza y vislumbró un uniforme, con insignias de teniente.

—Sí, señor —saludó respetuosamente.

—Sígueme, necesito que me ayudes.

—Muy bien, como usted ordene.

El oficial echó a andar y Kinnan le siguió puntualmente. Llegaron a una sala y el frabonita accionó el mando de abertura de una puerta, que conducía a una amplia escalera que se hundía en el suelo.

Momentos más tarde, Kinnan encontraba a Lura.

La joven estaba en pie, encadenada por las muñecas a la pared. Dos guardias más la contemplaban en silencio.

Los frabonitas saludaron al oficial.

—Todo en orden, señor —informó uno de ellos.

—Gracias, pero los datos que esta mujer nos facilitó, si bien eran exactos, resultaron incompletos.

—Les he dicho todo lo que sé…

El oficial cortó en seco las protestas de Lura.

—Kinnan ha desaparecido del hotel —dijo—. Usted conoce sus restantes escondites. Tengo orden de hacerla hablar de grado o por fuerza. Así que la elección es ya cosa suya.

Lura no contestó. Sus ojos estaban fijos en el guardia situado detrás del oficial.

Kinnan advirtió que ella le había reconocido e hizo un rápido guiño. Lura respiró hondamente.

—Eh, teniente —dijo uno de los guardias—, ¿hay gente nueva entre nosotros? Esa cara —señaló a Kinnan—, no me resulta

conocida…

El oficial se volvió, justo a tiempo de encontrarse con una pistola bajo las narices.

—El chico tiene razón —dijo riendo—. Hay aquí caras nuevas… Y también una pistola, que le convertirá en humo si no da en el acto la orden de soltar a la prisionera.

—No podrán escapar…

—En todo caso, usted no lo verá —le interrumpió Kinnan fríamente—. No me haga esperar más o apretaré el gatillo.

Las mandíbulas del frabonita crujieron de rabia al darse cuenta de su impotencia.

—Es usted condenadamente listo, pero no le servirá de nada —gruñó—. Vamos, suéltenla.

Instantes después, las muñecas de Lura quedaban libres.

—Retrocede hacia la escalera —aconsejó Kinnan.

Lura obedeció. Kinnan la siguió un segundo .más tarde.

Con la mano izquierda sacó el arma que tenía escondida bajo la blusa y que parecía una pistola corriente. Apretó el gatillo y una luz deslumbradora invadió el sótano, cegando momentáneamente a los tres frabonitas.

La pistola disparaba relámpagos de luz dirigida, al modo de los «flashes» fotográficos, de modo que el resplandor no afectaba a la vista del que la utilizaba. A favor de la circunstancia, Kinnan y Lura consiguieron ganar la salida.

—No esperaba que vinieses a rescatarme —dijo ella, mientras corría a su lado, con la mano fuertemente sujeta por la del terrestre.

—¿Acaso pensabas que podía abandonarte? —rió él.

Corrieron un poco más a través del parque. Lura se detuvo de pronto.

—Hally, no podremos escapar. La tapia es muy alta y la puerta está constantemente vigilada…

—¿Sabes nadar? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Entonces, prepárate a darte un buen remojón.

De repente, dos guardias armados les cerraron el paso.

—¡Eh, alto ahí! —ordenó uno de ellos.

La pistola-flash de Kinnan entró de nuevo en funcionamiento.

—Son simples asalariados. No me gusta verter sangre inocente

—explicó Kinnan.

Ya estaban junto a la orilla del arroyo.

—¡Salta! —ordenó.

Lura no vaciló y se tiró de cabeza al agua.

* * *

Divmos se quedó estupefacto al conocer la noticia.

—Ese hombre… es… —Pero no encontraba palabras para calificar al terrestre.

El oficial temblaba de pavor. Conocía los accesos de cólera del Pentarca y le sabía capaz de cualquier cosa.

Extrañamente, Divmos logró dominarse. Pensó que el oficial, en cierto modo, no era culpable de lo sucedido, y lo despidió con un gesto de su mano.

El hombre abandonó la estancia más que a la carrera. Divmos se quedó solo y empezó a pensar en la forma en que Kinnan había conocido el escondite de la muchacha.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Quvish entró. Divmos se sentía extrañado de que su secretario le hubiese solicitado una entrevista a horas tan desusadas.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Señor… temo que he de darle malas noticias. Sospecho que, mediante la acción de un gas hipnótico, Kinnan me ha forzado a hablar.

Divmos se puso lívido.

—¡Ese maldito terrestre otra vez! —barbotó—. ¿Cómo lo sabe usted, Quvish?

El secretario le explicó lo ocurrido. Divmos asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Entonces, conoce incluso la clave para entrar en el refugio —dijo, cuando Quvish hubo terminado su narración.

—Eso me temo, señor —contestó el secretario.

—Pero, para entrar en el refugio, se necesita una lámpara TZ-88.

—Señor, tal como se están desarrollando las cosas, no me extrañaría en absoluto que Kinnan llegue a conseguirlo.

—Haremos que vigilen el depósito de pertrechos espaciales —

indicó Divmos—. Pase lo que pase, nadie obtendrá una lámpara TZ-88 sin una orden firmada por mí en persona, ¿entendido?

—Sí, señor.

—En cuanto a cierta persona que ha estado ayudando a Kinnan… bien, lo dejaremos correr porque no estimábamos que resultase peligroso, pero ahora vamos a ver en qué ha consistido exactamente su ayuda. Quvish, póngase en contacto inmediatamente con el general Xa-Tli y ordénele enviar una patrulla de confianza a casa de Naia. Esa mujer debe ser arrestada y conducida sin demora a mí presencia. ¿Entendido?

—Bien, señor —contestó Quvish.

CAPÍTULO XI

—Tienes todo el equipo en el jardín —manifestó Naia—. Incluso la lámpara TZ-88.

—Eres un encanto. —Kinnan se acercó a la mujer y la besó en una mejilla—. ¿Cómo podré pagarte lo que has hecho por nosotros?

Naia miró a la joven, presente en la reunión, y sus ojos se tornaron melancólicos. Pero de inmediato reaccionó y dijo:

—No tienes que pagarme nada. A fin de cuentas, tu dinero te ha costado.

—El dinero de Lura —puntualizó el terrestre.

—Muchacha, usted debe tener mucho interés en el profesor, para permitirse derrochar unas sumas tan enormes —dijo Naia.

—Sí, tengo interés en su rescate —convino Lura.

—Pero, como puedes ver, no dice los motivos —sonrió Kinnan.

—Si no los quiere declarar, es cosa suya, no te preocupes. Bien mirado, eres otro asalariado como yo.

—En eso sí tienes razón, Naia.

Lura se acercó a la otra mujer.

—Señora, se habla mucho de dinero, pero esto no es suficiente para expresarle mi gratitud —dijo—. Si conseguimos rescatar al profesor, se lo agradeceremos mientras viva.

—Los diarios de la noche pasada hablaban de que Vigius es un especialista de Espaciofísica —murmuró Naia—. Habrá inventado algún nuevo modo de viajar por el espacio…

Lura negó con la cabeza.

—No, ha inventado algo mejor, pero, por ahora, y espero sepan

dispensarme ambos, debo guardar silencio —contestó.

Naia se encogió de hombros.

—Está bien, como quiera. Hally, aquí ya no tienen nada que hacer están perdiendo demasiado tiempo —indicó.

—Es cierto —convino el joven—. Adiós, Naia.

—Suerte —les deseó la frabonita.

Naia se quedó sola en la estancia. Pensativamente, se acercó a una mesa y se sirvió una copa.

Durante unos momentos, tuvo la copa en la mano, mientras contemplaba al trasluz su líquido contenido. De pronto, alguien llamó a la puerta.

Era una de sus sirvientas. La mujer, muy asustada, anunció que había unos policías en la entrada.

Naia frunció el ceño, extrañada por la noticia.

—Está bien, hazlos pasar —accedió finalmente.

Uno de los policías era el capitán Ya´lzi. Impasible, el oficial notificó su arresto a la mujer.

—Me gustaría saber de dónde procede esa orden, capitán —dijo Naia.

—Es una orden personal del Primer Pentarca y yo tengo la misión de cumplirla a cualquier costa —respondió Ya´lzi fríamente.

Naia se dio cuenta de que no tenía escapatoria. La detención no iba a representar precisamente beneficios para ella.

Procurando mostrar serenidad, irguió el busto y dijo:

—Estoy lista, capitán.

Al salir de casa, Naia pensó que antes de que el nuevo día amaneciese se habría cumplido una sentencia de muerte.

* * *

El desierto se deslizaba bajo el aeromóvil, que volaba a pocos metros de altura, pilotado por Kinnan. Lura, sentada a su lado, contemplaba el árido paisaje que se extendía ante sus ojos.

El termómetro exterior marcaba +65°. Sin embargo, todavía se alcanzarían temperaturas superiores.

La refrigeración del aparato, movido por generadores antigravedad, funcionaba al máximo. Aun así, la temperatura interna rebasaba cumplidamente los veinticinco grados centígrados.

—Me pregunto cómo puede haber temperaturas semejantes, cuando la distancia de Frabon-C a su sol no es aquí mayor que en la capital —dijo Kinnan, al cabo de un largo rato de silencio.

—Hay una zona volcánica a unos treinta o cuarenta kilómetros de profundidad —explicó Lura—. Hablar de vulcanismo, en este caso, no es exacto, puesto que se trata más bien de una bola de materia en fusión, cuyo diámetro alcanza unos doscientos kilómetros. Algunos científicos opinan que se trata de un diminuto sol «enquistado», por así decirlo, en el interior del planeta. Ello provoca las altas temperaturas en la superficie y la absoluta sequedad del suelo.

—Entiendo. Sin embargo, resulta extraño, que los gases que, indudablemente, deben de producir esa materia en fusión no exploten y originen una catástrofe de proporciones inconcebibles.

Lura se encogió de hombros.

—Te he dicho cuanto sé acerca del particular —manifestó—. No puedo darte más explicaciones, Hally.

—Quizá Vigius sepa algo, ¿no crees?

—Es posible. Pero no nos lo dirá si no lo rescatamos.

—Intentaremos conseguirlo, aunque no en pleno día, por supuesto.

Las indicaciones del termómetro exterior subieron a +70°. Kinnan dijo:

—Nos estamos acercando al C.T.M.

—A la velocidad que llevamos, lo alcanzaremos dentro de una hora, aproximadamente —calculó la muchacha.

—¿Has estado tú allí alguna vez? —preguntó Kinnan.

—No, nunca. Ni hubiera venido de no ser por los motivos que ya conoces, Hally.

Kinnan hizo un gesto de asentimiento. Refrenó la marcha del aparato, pero casi de golpe, el termómetro interior subió a +28°.

—Aumenta la temperatura —se quejó.

—Es lógico —contestó Lura—. Al disminuir la velocidad, disminuye también la refrigeración causada por el roce con la atmósfera. A menos que quieras que nos asemos, tendrá que volar siempre a una mínima de seiscientos o setecientos kilómetros a la hora.

—Pero entonces llegaremos mucho antes…

Lura meneó la cabeza.

—Temo que no te va a quedar otro remedio que volar en círculos, hasta que llegue la noche. A no ser que prefieras iniciar el asalto en pleno día.

—No, en absoluto. Atacaremos de noche, a fin de evitar ser vistos hasta el último momento —decidió Kinnan ceñudamente.

* * *

—De modo que has sido tú quien ha proporcionado al terrestre los medios necesarios para llegar al C.T.M., además de la información precisa para conocer el escondite de Vigius.

Naia, pálida, pero serena, asintió.

—Sería inútil negarlo —contestó—. Todo lo que has dicho es cierto, Divmos.

—Me pregunto por qué has hecho una cosa semejante. Conozco bien tu profesión y sé que estás en la cúspide, agasajada por todos, ganando dinero en abundancia y recibiendo honores a diestro y siniestro. ¿No te das cuenta de que has echado a perder cuanto de bueno hay en la vida?

Ella le miró despectivamente.

—A veces, también es bueno ayudar a los que combaten la tiranía y la opresión —contestó.

Divmos lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Bah, paparruchas sin sentido! Eso está bien para los idealistas, pero tú no has tenido nunca nada de idealista; siempre has sido una mujer de acusado sentido práctico —calificó.

—Quizá he cambiado de opinión en los últimos tiempos —dijo Naia.

—¿Influyó en ese cambio un hombre de la Tierra?

Naia guardó silencio. Divmos volvió a reír.

—Bien, este asunto ha concluido… Ah, una cosa —exclamó de pronto—. ¿Puedes decirme, al menos, cuánto tiempo hace que partió el terrestre hacia el C.T.M.?

—Acababa de irse cuando vino tu capitán a detenerme.

Divmos hizo un rápido cálculo.

—Está bien —dijo—, creo que mis hombres llegarán a. tiempo.

Alargó la mano y tocó un timbre. Un individuo entró en la

estancia a los pocos segundos.

—Señor —saludó respetuosamente.

—Teniente Dugilar, usted cometió un grave error al dejar escapar al prisionero —dijo Divinos—. Ahora se le presenta la ocasión de repararlo.

—Sí, señor; me siento ansioso de…

—Le comprendo perfectamente, Dugilar. Bien, la forma de reparar el error es bien sencilla. Llévese a la prisionera al sótano y mátela.

Dugilar volvió los ojos hacia Naia. Ella estaba palidísima, pero hacía vivos esfuerzos interiores por no mostrar flaqueza de ánimo.

—Sí, señor, lo haré —dijo el teniente resueltamente.

Naia giró sobre sus talones.

—Sobre todo, Dugilar, sea rápido —pidió.

Divmos meneó la cabeza al ver salir a la pareja.

—¡Lástima, tan hermosa…! —suspiró.

Y se sirvió una copa de vino, sin sentir el menor remordimiento por la orden que acababa de dar.

Momentos después, Dugilar y Naia estaban en el sótano. Ella se volvió y miró fijamente al oficial, quien ya tenía en la mano su pistola desintegrante.

—Dugilar, antes de que me mate, ¿puedo hacerle una observación?

—¿Su última voluntad, señora?

Naia sonrió sibilinamente.

—Según se mire —contestó—. Le diré una cosa: si aprieta el gatillo de esa pistola, no sólo me desintegrará a mí, sino que convertirá también en humo un millón de «garants».

* * *

Debido a las peculiares condiciones del terreno, la superficie del desierto conservaba su temperatura incluso durante la noche. Enfundados en sus trajes antitérmicos, Kinnan y Lura contemplaban el pequeño macizo de rocas en el que, según los mapas, se hallaba el Centro de Temperatura Máxima del planeta.

El roquedal tenía aspecto de pirámide irregular, con una altura máxima de cincuenta o sesenta metros y una anchura triple en la

base; Las dos lunas del planeta proporcionaban la suficiente luz para que la pareja pudiese ver los detalles sin demasiado esfuerzo.

—Me pregunto dónde estará la entrada —murmuró Lura, a través del transmisor de radio que era forzoso usar con aquellos trajes.

—Si te quedas aquí unos minutos, es posible que yo la encuentre dentro de poco —dijo Kinnan.

El terrestre se alejó. Lura se quedó sola.

La ausencia de Kinnan duró más de lo previsto, casi tres cuartos de hora. Lura respiró aliviada cuando le vio de nuevo.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—Sí, ven —contestó él lacónicamente.

Kinnan agarró una pesada mochila que había llevado consigo y se la echó al hombro. A Lura le había extrañado desde el primer momento, pero él no había querido darle explicaciones.

Al cabo de unos minutos, se detuvieren ante una enorme losa, que medía cinco metros de anchura por casi el doble de altura.

—La entrada —indicó Kinnan, a la vez que dejaba la mochila en el suelo.

Inmediatamente, empezó a trabajar. Asombrada, Lura vio que Kinnan montaba una especie de trípode, encarado directamente hacia la losa, encima del cual colocó un cohete que había llevado despiezado.

Acto seguido, conectó el cable de ignición a una cajita pendiente de su cinturón.

—¿Es que piensas volar la roca? —preguntó Lura, atónita.

—Nada de eso. Aguarda un poco y ya lo verás.

La lámpara especial estaba en sus manos, unida por un cable al generador que, dado su tamaño y las condiciones del aparato, resultaba un tanto pesado. Kinnan ajustó el indicador automático de la lámpara, a fin de que los períodos de tiempo resultasen de absoluta exactitud.

La lámpara emitió seis destellos de un segundo de duración, entre cada uno de los cuales había otro tiempo análogo de intervalo. Luego emitió los dos destellos con la luz subespacial, que no se reflejó en la roca, como la anterior.

Un instante más tarde, la enorme losa empezó a girar lentamente a un lado.

—Al suelo, Lura —ordenó Kinnan.

Ella obedeció. El terrestre se arrodilló, situado a unos metros a la izquierda del trípode que sostenía al cohete.

De repente, Lura lanzó un grito de terror.

El interior de la caverna que había bajo las rocas estaba vivamente iluminado. Frente a ellos, a unos setenta u ochenta pasos de distancia, había una fila de hombres uniformados, todos ellos armados con pistolas desintegrantes.

Kinnan presionó el botón de disparo. El cohete partió aullando.

Era algo con lo que los hombres de Divmos no habían contado. La vista de aquel bólido que se les echaba encima les hizo dispersarse a la carrera, llenos de pánico.

El cohete entró a través de la abertura y explotó casi sin ruido, despidiendo una intensísima nube de humo grisáceo, que llenó en unos instantes todo el ámbito de la oquedad. Pero su carga propulsora no se había apagado y continuó su veloz camino.

Chocó contra un saliente y cayó al suelo, pero siguió deslizándose, ahora de un modo errático, sin dejar de expeler densísimas nubes de humo. Dos o tres soldados salieron de la caverna, tosiendo y ahogándose. Dieron unos cuantos pasos y acabaron rodando al suelo.

Kinnan se puso en pie.

Lura le miró asombrada.

—Tú sabías que…

—En primer lugar, sospechaba, puesto que es lógico, que Vigius no estaría aquí sin una fuerte vigilancia. Luego, cuando reconocí el terreno, vi huellas de pasos y de las patas de aterrizaje de una nave de transporte. Ello, además de indicarme la entrada, me dijo que la guardia había sido reforzada, como así ha sucedido.

Lura miró hacia la caverna, de la que todavía seguía saliendo humo.

—¡Pero Vigius estará muerto! —gritó.

Kinnan lanzó una risita.

—¿Crees que sería capaz de matarle a él también? No, preciosidad; el cohete, simplemente, contenía gas narcótico. Y ahora, tú vas a entrar, puesto que tu traje te protege de los efectos del gas, y localizarás al profesor, mientras que yo traigo el aeromóvil hasta aquí. No olvides que la refrigeración ahora, dentro

de la caverna, es nula y que conviene llevar enseguida a Vigius a lugar más cómodo.

—Está bien. Supongo que no habrá peligro…

—Ninguno, Lura, te lo garantizo —aseguré él rotundamente.

CAPÍTULO XII

El profesor Vigius abrió los ojos y miró torpemente a su alrededor.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz insegura.

—Entre amigos, Irin —rió Kinnan—. ¿Ya no me reconoces, viejo buitre?

—¡Rayos, Hally! —exclamó Vigius.

—El mismo, saco de chifladuras.

Lura estaba atónita.

—Pero, ¿cómo? ¿Se conocen ustedes? —exclamó.

—Ya lo creo —contestó Kinnan—. Hace bastantes años, ¿no es así?

—Cierto —confirmó Vigius—. Oye, Hally, un traguito…

—Sí, hombre, sí —dijo Kinnan de buen humor—. Y perdóname, lo había olvidado.

El terrestre destapó un frasquito de metal, llenó un vasito y se lo entregó a Vigius, cuya lengua chasqueó aprobatoriamente segundos después.

—Muy bueno —calificó—. Hally, sospecho que tú tienes algo que ver con mi situación.

—Exacto —respondió Kinnan—. Pero no hubiera hecho nada, si ella no hubiese ido a buscarme a la Tierra.

Vigius volvió los ojos hacia la muchacha.

—Su cara me resulta conocida, señorita dijo.

—Soy Lura uz-Gvurr —se presentó ella.

—La hija de…

—Sí, la hija del anterior Cuarto Pentarca, destituido arbitrariamente por Divmos, por no querer plegarse a sus deseos —manifestó Lura.

—Recuerdo el caso —dijo Vigius—. A tu padre se le acusó de malversación de fondos.

—Un caso prefabricado —calificó ella con vehemencia.

—Y está en la cárcel todavía.

Lura asintió. Kinnan se sentía asombrado.

—Tú no me dijiste eso nunca —gruñó.

—Rescatar al profesor era más importante dijo Lura —En cuanto a mí padre, en el momento oportuno, conseguiré la revisión de su proceso.

Kinnan entornó los ojos.

—Pienso que vas a emplear a Vigius como arma para sacar a tu padre de la cárcel —intuyó.

—Algo hay de eso, pero el motivo principal es que no quiero que el invento de Vigius caiga en manos de ese archicriminal que es Divmos.

—Irin, ¿tan importante es tu invento como para justificar el secuestro? —preguntó Kinnan, dirigiéndose al científico.

—Hombre, según se mire —contestó Vigius con aire de modestia.

—Ustedes se conocen desde hace tiempo —dijo Lura—. Todavía no me han explicado el origen de su amistad.,

—Bueno, yo le traía de la Tierra instrumentos de alta precisión y materiales no fáciles de encontrar en Frabon-C —aclaró Kinnan—. Aunque, a decir verdad, jamás me preocupé del destino de lo que le traía.

—Incluso, en ocasiones, cuando yo andaba mal de dinero, él me concedió un amplio crédito —agregó Vigius—. Eso es siempre muy de agradecer, Lura.

—Por supuesto —confirmó la muchacha—, Pero tú, Hally, podías haberme dicho…

—¿Para qué? —sonrió Kinnan—. ¿No te basta que haya venido a rescatar a este chiflado? Y, a propósito, Irin, todavía no sé lo que has inventado.

—¡No se lo diga! —exclamó Lura con vehemencia.

Kinnan se sorprendió de aquella actitud.

—A Irin no tiene que prohibirle nada —dijo severamente—. Ya es lo suficientemente mayorcito para decidir por sí mismo en según qué clase de asuntos.

Hally, olvidas que soy yo la que financia este negocio declaró ella en tono cortante —Admití tus condiciones respecto a la forma de llevar a cabo el rescate, pero en lo demás no admitiré más imposiciones. En todo caso, la que tiene que hacer prohibiciones soy yo.

—Muy bien, pero, ¿has financiado también los gastos de investigación de Irin? ¿Cuánto dinero le has dado para que llevase a cabo sus trabajos científicos sin preocupaciones económicas? ¿Tienes algún derecho o autoridad moral o legal para prohibirle que hable en este asunto?

Vigius sonreía cazurramente. Lura se había quedado parada al escuchar las preguntas del terrestre.

—El interés del planeta exige… —empezó ella a hablar, pero Vigius no la dejó seguir.

—Tú tienes razón, Hally. Ahora mismo te explicaré en qué consiste mi…

A su vez, Kinnan interrumpió al científico.

—Mira, Irin, tú y yo somos buenos amigos, y en más de una ocasión te he arrancado de tu laboratorio, para echar una canita al aire y evitar así que se te derritieran los sesos de tanto pensar. Tus inventos no me interesan en absoluto, a menos que uno de ellos sea una estaca tele— controlada por radio, para darle a esta chica tan antipática.

Vigius soltó la carcajada. Lura se puso furiosa,

—Si quieres, puedo construirte en muy poco tiempo esa estaca dirigida por radio —dijo el científico de buen humor.

—Será mejor que dejemos esta discusión tan estúpida —indicó Lura con acento lleno de despecho—. Hally, aún no sabemos dónde vamos a escondernos… porque puedes tener por seguro que el Primer Pentarca echará a todos sus sabuesos detrás de nosotros.

Kinnan consultó su reloj. Todavía faltaban un par de horas para el amanecer.

—Naia, la cortesana, nos dará cobijo en su residencia —decidió.

* * *

El aeromóvil, cuyo tamaño era relativamente pequeño, quedó escondido en uno de los rincones del jardín. Todas las luces de la casa estaban apagadas.

—Seguidme —dijo Lura a sus acompañantes, una vez hubieron puesto el pie en tierra.

Kinnan se dirigió sin vacilar hacia el dormitorio de Naia. La ventana estaba abierta.

—Naia —llamó suavemente.

Nadie le contestó. Extrañado, Kinnan pasó un pie por encima del alféizar y entró en la estancia.

Segundos más tarde, se asomaba de nuevo a la ventana.

—Naia no está —dijo, visiblemente desconcertado.

—Conoces muy bien el camino de su dormitorio, ¿eh? —dijo Lura con cáustico acento.

Kinnan no hizo caso de la pulla.

—La ausencia de Naia me inquieta —manifestó.

—¿Crees que ha podido pasarle algo, Hally? —preguntó Vigius.

—No me extrañaría en absoluto. Ese condenado Divmos es capaz de cualquier cosa.

—¡Lástima, era mujer muy guapa! —suspiró el científico.

—Vaya, otro enamorado de una… una…

—Lura, será mejor que te guardes los comentarios acerca de Naia o empezaré a sacudirte antes de que Irin me construya el garrote teledirigido —gruñó Kinnan malhumoradamente—. Espérenme los dos aquí; voy a ver si me dice algo una de sus sirvientas.

Kinnan desapareció de nuevo en el interior de la casa. A los pocos minutos volvió, consternado.

—La arrestaron ayer tarde, por orden personal de Divmos —anunció lúgubremente.

—¡Pobre mujer! —se lamentó Vigius.

—Hally, supongo que ahora comprenderás por qué no quiero que el invento del profesor caiga en manos de ese criminal —exclamó Lura, muy indignada.

—Pero ¿cómo diablos llegaste tú a saber algo sobre ese maldito invento? —preguntó Kinnan.

—Me lo dijo mi padre. Él sí estaba enterado y no quería que

cayera en manos de un desaprensivo como Divmos.

—Está bien —rezongó Kinnan—. De todas formas, Irin, tu invento no va a consistir en… lo que hayas inventado, sino en otra cosa muy distinta, pero ya te lo explicaré en otro sitio. Naturalmente —agregó sonriendo—, también me fabricarás el garrote teledirigido. Si a Naia le ha pasado lo que yo me sospecho, ese garrote me va a servir para romperle todos los huesos a un canalla.

—Está bien —dijo Vigius—. Pero ahora tenemos que resolver el problema de nuestro alojamiento. Es obvio que no podemos ir a mí casa; será el primer sitio donde metan la nariz los esbirros de Divmos.

—Lura, ¿se te ocurre a ti alguna idea al respecto? —consultó Kinnan.

Ella reflexionó unos instantes. Luego, de pronto, exclamó:

—Sí, ya tengo el sitio adecuado. Vamos, yo misma guiaré el aparato.

Momentos más tarde, el aeromóvil emprendía el vuelo.

—Bien, Hally, y ahora, ¿puedes decirme cuál es el invento que tengo que inventar? —preguntó con acento zumbón.

—Lo único que harás será ocuparte de esa estaca controlada por radio; yo me encargaré de conseguirte los materiales. Descuida, me preocuparé personalmente de tu invento.

* * *

Divinos se sentía sumamente furioso por el rescate del profesor, conseguido a pesar de las precauciones tomadas. En su fuero interno, se juraba una y otra vez que, si conseguía capturar al terrestre, lo haría despellejar vivo.

Pero, mientras Xa-Tli, Ya'lzi y los demás esbirros buscaban la pista del profesor y de las dos personas que le habían ayudado a escapar, tenía que seguir desempeñando las funciones de gobierno. Antes de iniciar su trabajo cotidiano, solía hojear los periódicos matutinos, a fin de enterarse cómo marchaban las cosas en la capital y en el resto del planeta.

Aquella mañana, apenas desplegó el diario, leyó algo que le dejó literalmente sin respiración:

¿UNA MÁQUINA CONTROLADORA DE LOS PENSAMIENTOS HUMANOS?

¿PUEDE ALGUIEN CONSTRUIR UN ARTEFACTO SEMEJANTE Y, MEDIANTE SU USO, INFLUIR EN LA OPINIÓN PUBLICA A SU ALBEDRÍO?

Informaciones confidenciales nos indican que una máquina de ese género fue instalada hace mucho tiempo en el Palacio de la Pentarquía y que, lenta y gradualmente, sus efectos se hacen notar en la mente de los frabonitas, inclinándoles así a obedecer ciegamente, sin hacerse preguntas ni discutir las leyes que se promulguen.

Si esto se confirmase, Frabon-C llegaría a convertirse en un mundo habitado por autómatas de carne y hueso, que se moverían a capricho del dueño de esa máquina. Seguiremos investigando y prometemos tener a nuestros lectores al corriente de cuanto lleguemos a averiguar sobre asunto tan apasionante y que tanta influencia puede tener en la vida futura del planeta.

CAPÍTULO XIII

Kinnan había vuelto a recobrar el color primitivo de su pelo. Sin bigote y con unas gafas de color, muy corrientes, podía pasearse impunemente por las calles de la capital.

Kinnan se imaginaba fácilmente la cólera de Divmos. El Primer Pentarca, sin duda, habría leído el periódico. La noticia, junto con la evasión de Vigius, debía de tenerle al borde de la apoplejía.

Pero aquello no era más que el comienzo. Todavía faltaba la estocada final.

Y llegaría, sin dudarlo, al día siguiente.

Una carta fue a parar discretamente al buzón de uno de los periódicos. Kinnan continuó tranquilamente su camino.

La carta convocaba al director del diario para una conferencia de prensa que debía celebrarse sin falta aquella misma tarde. Vigius, entonces, anunciaría en qué consistía su «invento». La carta, naturalmente, recomendaba la máxima discreción, en bien del interés de los lectores.

Un hombre de uniforme se tropezó de pronto con él.

—Sin prisas, amiguito —dijo el oficial—. Enséñeme su documentación.

—¿Y si no quisiera? —Kinnan alzó la voz deliberadamente, para ser escuchado por los transeúntes más cercanos—. Oh, es verdad, olvidaba que hay una máquina que influye en mi mente y me hace obedecer ciegamente la menor de las órdenes de un agente de la ley. ¡Sí, soy un autómata, por la voluntad de Divmos, como todos los que ahora están aquí! —gritó.

—Pero ¿qué está diciendo, hombre? —masculló el frabonita—. ¿Se ha vuelto loco?

—¡Autómata, soy un autómata! ¡Todos somos unos autómatas! —vociferó Kinnan, observando, con satisfacción, que la gente empezaba a congregarse alrededor de ambos—. Todos tenemos que obedecer a Divmos y los únicos que se libran de las radiaciones de esa máquina de la obediencia son los policías, que llevan un aparato especial dentro del casco.

—¡No llevo nada en el casco!

—Entonces, ¿por qué no se lo quita y va sin él, como todos nosotros? Las radiaciones de la máquina le afectarían también a usted, ¿no es cierto?

Murmullos de cólera empezaron a brotar de los labios de los curiosos.

—La Pentarquía nos ha convertido en unas máquinas de carne y hueso —gritó Kinnan—, Sólo unos pocos privilegiados tienen derecho a pensar; los demás somos unos animales de dos patas, con figura humana.

Alguien se enfureció y arreó un coscorrón por detrás a Ya´lzi. El frabonita colérico, se volvió, justo a tiempo para encontrarse con un puño que buscaba su nariz venenosamente.

Kinnan le sacudió un tremendo puntapié que lo arrojó contra un grupo de cuatro o cinco hombres. Ya'lzi trató de defenderse, pero todo resultó inútil.

La confusión fue inenarrable. A favor del alboroto que se había organizado, Kinnan consiguió escapar, sin que Ya'lzi pudiera impedirlo.

* * *

Con un brazo en cabestrillo y la cara llena de parches, Ya´lzi era la viva estampa del abatimiento y la frustración. Estaba delante de su jefe, el general Xa-Tli, relatándole todo lo ocurrido, con grandes elogios para la patrulla que había conseguido salvarle por verdadero milagro de un linchamiento, cuando, de pronto, entró un ordenanza con los periódicos de la mañana.

—Fue un caso de mala suerte —se quejaba

Ya´lzi amargamente. —Por casualidad me encontré con el

terrestre, pero Kinnan me echó a la gente encima y…

Xa-Tli cortó sus explicaciones al ver los periódicos.

—Luego seguiremos, capitán —dijo—. ¿Alguna noticia interesante? —preguntó al ordenanza.

—Una conferencia de prensa del profesor Vigius, señor.

Xa-Tli se puso lívido al escuchar la respuesta. Desplegó el primer periódico y empezó a leer:

PREGUNTA: Profesor, usted ha estado ausente mucho tiempo. ¿Puede decirnos dónde y en qué consistían sus trabajos? Porque, naturalmente, presumimos que se aisló para concentrarse en su labor científica.

RESPUESTA: Así es, amigo mío. He estado ausente, aunque habrá de permitirme que oculte el lugar de mi retiro. Creo que no es relevante para el asunto que nos ocupa.

P.: Cierto, profesor, pero, por favor, díganos en qué consiste su invento.

R.: Muy sencillo. Todos ustedes saben que en el Palacio de la Pentarquía hay una máquina que influye en el pensamiento de los ciudadanos frabonitas, acondicionándolos para obedecer, sin apenas discusión, las órdenes de la autoridad. Sus efectos, a decir verdad, no se han notado mucho todavía, porque no es cosa que actúe de la noche a la mañana. Sin embargo, lenta y gradualmente, las radiaciones de esa máquina, cuya frecuencia es la del cerebro humano, irán aumentando en intensidad, hasta conseguir que todos los frabonitas se conviertan en unos autómatas, con sus mentes a disposición de unos cuantos privilegiados sin escrúpulos. Yo no acuso a nadie, no estoy en situación de hacerlo; pero sí lucho con todas mis fuerzas contra la situación tan intolerable que se pretende crear, con un desprecio total para el alma del pueblo frabonita.

P.: Pero, sin duda, profesor, usted puede decirnos la forma en que lucha contra semejante estado de cosas.

R.: Sin duda alguna amigo mío. Simplemente, he estado construyendo una máquina que anule las radiaciones de la que existe en el Palacio de la Pentarquía.

P.: Profesor, ¿puede usted probar la existencia de esa máquina?

R.: Vaya usted al Palacio de la Pentarquía y contemple la antena que sobresale de su punto más alto.

—¿Dónde está esa maldita antena? —chilló Xa-Tli.

Renqueando, Ya'lzi se acercó a una de las ventanas. La oficina del general estaba en el Palacio de la Pentarquía, un enorme edificio de planta cuadrada, con un gran patio central.

Al otro lado se veía un gran poste de metal, que sostenía un cuadrado de finísima rejilla, que giraba sobre un eje vertical, con gran lentitud. Ya'lzi se quedó anonadado.

—Señor, ¿es cierto lo de la máquina? —preguntó.

Xa-Tli barbotó una imprecación.

—¡Qué diablos va a ser…! —pero se quedó con la boca abierta apenas vio la antena.

Un raro vértigo le hizo tambalearse. Luego, rehaciéndose, corrió hacia el videófono.

—Es preciso dar la noticia a Divmos —exclamó.

En el mismo momento, se oyó un sordo rumor que procedía del exterior.

Los dos hombres se miraron extrañados. El ruido creció.

Era el fragor de miles de voces coléricas. Xa—Tli comprendió en el acto lo que sucedía.

—Tenemos que escapar de aquí o nos harán pedazos —dijo.

A Ya'lzi, pensando en lo que le había ocurrido la víspera en la calle, se le puso la carne de gallina.

CAPÍTULO XIV

Kinnan consultó la esfera de su reloj y dijo:

—Es la hora.

Lura adelantó un paso.

—Yo iré contigo, Hally —decidió.

El joven la miró un instante y sonrió.

—Está bien —aprobó—. Irin, tú te quedas aquí.

—Sí, estoy un poco cansado. Ese condenado garrote me ha hecho sudar más de lo que yo creía —contestó Vigius.

Kinnan y Lura abandonaron el refugio en que habían estado escondidos hasta entonces. La noticia del asalto al Palacio de la Pentarquía acababa de anunciarse minutos antes.

Las gentes habían devastado el edificio por completo. Todos cuantos se encontraban allí, habían debido escapar, a fin de no caer bajo la ira popular.

El aeromóvil despegó, pilotado por Lura. Kinnan acariciaba el mango del garrote, un largo cilindro de sólida madera, con el dispositivo de control por radio. Un diminuto motor antigravedad lo mantendría en el aire y el emisor que Kinnan llevaba pendiente del cuello lo «orientaría» en el sentido deseado.

Una hora más tarde, aterrizaban en el parque de la residencia privada de Divinos. Kinnan saltó al suelo en el acto.

Un par de guardias corrieron hacia él. El garrote «voló» misteriosamente por los aires y los derribó de sendos golpes.

—Irin es un tío estupendo —sonrió el joven, mientras se dirigía hacia la casa.

Otro guardia apareció en la puerta. Vio a los intrusos y quiso tirar de pistola, pero la estaca le golpeó primero en la muñeca y luego en el cráneo. El hombre cayó, sin comprender en absoluto lo que le había sucedido.

—¡Adelante, Lura, a la carga! —gritó Kinnan alegremente.

* * *

Divinos se sentía estupefacto.

Xa-Tli y Ya'lzi estaban ante él, ambos con un aspecto desastroso. A pesar de los esfuerzos realizados para escapar del palacio con la mayor rapidez posible, no habían podido evitar unos cuantos golpes de los más exaltados.

—Todo, ha sido destruido y arrasado, señor… — gemía Xa-Tli—. Las turbas parecían enloquecidas… Ese maldito terrestre ha influido en ellas…

—Pero si no hay tal máquina, ni siquiera la antena…

—La antena está, señor —dijo Ya'z Ya'lzi—. No sé cómo la han colocado, pero allí está.

Divinos empezó a pensar que había hecho un mal negocio con el secuestro de Vigius.

—Será mejor que nos larguemos, señor —aconsejó el general—. Las cosas se están poniendo feas y una temporada de ausencia calmará las pasiones.

—Nunca me iré…

La puerta de la estancia saltó de pronto, y el estruendo interrumpió las palabras de Divmos. Dos personas aparecieron en el umbral.

—¡Kinnan! —gritó Xa-Tli.

—Yo mismo —sonrió el terrestre—. ¿Qué tal, Pentarca? —saludó con desenvoltura.

Ya´lzi tenía un brazo en cabestrillo, pero el derecho estaba sano. Disimuladamente, buscó la culata, de su pistola desintegrante.

El garrote volador actuó de modo contundente. Ya'lzi lanzó un aullido, soltó el arma y se sentó en un sillón, con los ojos llenos de lágrimas.

Divmos tragó saliva.

—E… está bien. ¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

Kinnan hizo un ademán.

—Lura, es tu turno —indicó.

La muchacha avanzó un par de pasos.

—Quiero una declaración escrita de inocencia de mi padre — pidió.

—Imposible —rugió Divmos.

El garrote actuó de nuevo y, aunque con suavidad, golpeó el cráneo del Pentarca. Divmos lanzó un aullido de dolor.

—Obedezca a la chica o le romperé todos los huesos —amenazó Kinnan.

Divmos se dio cuenta de que no le quedaba otro remedio que rendirse.

—Me ha derrotado, Kinnan —gruñó—. Esa idea de la diabólica máquina que no existe…

—La máquina existe. Está dentro de su cerebro —dijo el joven, impasible—. No trato de destruirla; sólo quiero inutilizarla.

—Usted ha engañado…

—Sí, coloqué una antena durante la noche. No sirve para nada, sino para engañar a la gente, pero lo he hecho con un buen fin. En cambio, usted, apoyándose en su alto cargo, no sólo ha engañado a su pueblo, sino que lo ha traicionado miserablemente, abusando de su autoridad. Y no quiero hacerle cargos sobre su deshonestidad; el diez por ciento que usted me cobraba particularmente era un robo inicuo. Pero todo esto ya se ha acabado, Pentarca. Lura exige una declaración de inocencia de su padre; yo, además, exijo su dimisión por escrito.

Un profundo silencio se hizo después de las palabras del terrestre. Divmos miró a Kinnan y vio que no podía esperar piedad si no accedía a lo que se le ordenaba.

Resignado, empezó a escribir. Momentos más tarde, Lura se apoderaba de dos documentos, que significaban el fin de la carrera de Divmos.

—Hoy mismo se harán públicas sus declaraciones —aseguró la muchacha.

De repente, Kinnan observó un movimiento con el rabillo del ojo.

El garrete se movió velozmente, cuando Ya'lzi había recuperado su pistola. Kinnan no pudo evitar el disparo, aunque sí desviarlo.

El proyectil desintegrante alcanzó de lleno a Divinos. Se oyó un débil grito y luego una nube de humo apestoso invadió la estancia.

La estaca se movió dos veces seguidas, golpeando contundentemente sendos cráneos. Los frabonitas cayeron fulminados.

—Vámonos, Lura —dijo Kinnan—. Éste es un asunto terminado.

* * *

Al llegar al refugio, una pequeña casa de campo, propiedad de la familia de Lura, se encontraron con que el profesor había desaparecido.

Sin embargo, descubrieron una nota que les dio una pista.

—El buen Irin —sonrió Kinnan—. Pero lo que más me gusta de todo esto es que Naia ha conseguido salvarse. Iré a verla inmediatamente —decidió.

—Yo tengo que liberar a mí padre —dijo Lura.

—Ya nos veremos —se despidió él sencillamente.

Al anochecer, Kinnan entraba en la residencia de Naia.

Vigius y la mujer estaban sentados en un diván, demasiado juntos, estimó Kinnan.

—Me alegro de que hayas conseguido escapar, Naia —dijo el joven, después de los primeros saludos—. ¿Qué truco empleaste?

Ella sonrió.

—Un millón de «garants» cambiaron de manos —contestó ella.

—Comprendo —dijo Kinnan.

—No quise perder tiempo; ofrecí la cifra desde el primer momento. Esto produjo en el teniente Dugilar un fuerte «shock»; de haber empezado con menos dinero, no le habría impresionado tanto y hubiera apretado el gatillo de su pistola. Divmos había dado la orden de ejecutarme.

—Hiciste bien; el dinero no sirve para nada cuando uno es sólo humo —contestó el joven filosóficamente.

—Eso mismo opino yo —intervino Vigius—. Además, ahora, con mi invento, ganaré mucho dinero. Todo será para Naia, naturalmente.

Kinnan miró a la joven, sorprendido. Ella asintió.

—Creo que ya es hora de empezar a sentar la cabeza —dijo

Naia.

—Hombre, Vigius no es un jovencito, pero tampoco está como para echarlo a la basura —observó Kinnan con socarronería—. Bien, pareja, muchas felicidades.

Y se dispuso a marcharse, pero Vigius le detuvo con una pregunta:

—Hally, ¿no quieres saber en qué consiste mi invento?

Kinnan se encogió de hombros.

—No lo tomes como una ofensa, pero no me interesa en absoluto —contestó.

* * *

Estaba haciendo su equipaje. La nave de pasajeros para la Tierra zarparía dentro de pocas horas.

La puerta del cuarto se abrió de pronto. Lura apareció en el umbral

—Te vas —dijo ella, muy seria.

—Ya he terminado aquí. El profesor está a salvo y tu padre, por lo que sé, ocupa de nuevo su puesto de Pentarca —contestó Kinnan.

—Hally, todo esto ha sido posible gracias a ti, pero, ¿de veras crees que has terminado en Frabon-C?

—Bueno, hicimos un trato y yo he cumplido mi parte, esto es todo, Lura.

La joven avanzó unos pasos hacia él.

—Elegiste el dinero. Me hubiera gustado más la otra alternativa —murmuró, insinuante.

—¿Para unas horas solamente? No, gracias; no lo encuentro suficiente.

Los brazos de Lura se elevaron hacia el cuello del terrestre.

—¿Y si yo te dijera que la otra alternativa es para toda la vida? —preguntó.

—Si no se trata de un capricho…

—No es un capricho —aseguró—. Es… algo mucho más fuerte, indestructible con el paso de los tiempos.

—Bueno, si tú lo dices…

—Lo digo, lo afirmo y estoy dispuesta a jurarlo de palabra y por escrito ante testigos, Hally.

—Pero yo regreso a la Tierra, Lura.

—No te irás soltero, por supuesto.

—Si esto no es una trampa, se le parece mucho —dijo.

—En todo caso, el cebo es muy apetitoso, ¿no crees? —contestó Lura maliciosamente.

—Por supuesto, no aceptaría caer en una trampa semejante con un cebo distinto —reconoció el terrestre, a la vez que se inclinaba para besarla apasionadamente.

—Hally, me parece que ya es hora que te diga en qué consiste el invento del profesor Vigius.

—¡Al diablo con Vigius! —contestó él—. Que haya inventado una máquina capaz de volar instantáneamente a través del espacio…

—Pues eso precisamente era…

—O que haya inventado un nuevo tipo de batidora eléctrica, me importa un pepino. Vigius está a salvo y se va a casar con Naia. Tú y yo nos vamos a casar muy pronto, Lura. Eso es lo que verdaderamente importa en este caso.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

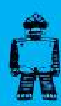


GUERRA

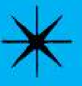
HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.